Nuestras propias historias

Vida en la escuela

I







Vida en la escuela

I

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA
Lenín Moreno Garcés

MINISTRO DE EDUCACIÓN
Milton Luna Tamayo

VICEMINISTRO DE EDUCACIÓN
Alfredo Astorga Bastidas

VICEMINISTRO DE GESTIÓN EDUCATIVA
Francisco Cevallos Tejada

SUBSECRETARIO PARA LA INNOVACIÓN EDUCATIVA Y EL BUEN VIVIR
Diego Paz Enríquez

DIRECTORA NACIONAL DE MEJORAMIENTO PEDAGÓGICO (E)
Laura Barba Miranda

EQUIPO TÉCNICO
Coordinación editorial: Verónica Vacas Andrade
Consejo editorial: Javier Calvopina Loaiza, Javier Saravia Tapia

EDICIÓN, ILUSTRACIÓN, DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN
Medios Públicos - EP

IMPRESIÓN
Medios Públicos - EP

ISBN: 978-9942-22-341-8

Av. Amazonas N34-451 y Atahualpa Quito, Ecuador

www.educacion.gob.ec

Simbología

Categoría


Estudiante


Docente y personal administrativo


Grupo familiar

Región


Costa


Sierra


Amazonía


Insular









Promovemos la conciencia ambiental en la comunidad educativa.

ADVERTENCIA
Un objetivo manifiesto del Ministerio de Educación es combatir el sexismo y la discriminación de género en la sociedad ecuatoriana y promover, a través del sistema educativo, la equidad entre mujeres y hombres. Para alcanzar este objetivo, promovemos el uso de un lenguaje que no reproduzca esquemas sexistas, y de conformidad con esta práctica preferimos emplear en nuestros documentos oficiales palabras neutras, tales como las personas (en lugar de los hombres) o el profesorado (en lugar de los profesores), etc. Sólo en los casos en que tales expresiones no existan, se usará la forma masculina como genérica para hacer referencia tanto a las personas del sexo femenino como masculino. Esta práctica comunicativa, que es recomendada por la Real Academia Española en su Diccionario Panhispánico de Dudas, obedece a dos razones: (a) en español es posible <referirse a colectivos mixtos a través del género gramatical masculino>, y (b) es preferible aplicar <la ley lingüística de la economía expresiva> para así evitar el abultamiento gráfico y la consiguiente ilegibilidad que ocurriría en el caso de utilizar expresiones como las y los, os/as y otras fórmulas que buscan visibilizar la presencia de ambos sexos.

Presentación

Los libros de la colección "Nuestras propias historias" son resultado del concurso organizado por el Ministerio de Educación en el marco de la campaña nacional de lectura. Esta convocatoria invitó a la comunidad educativa a relatar anécdotas, recuerdos, leyendas, costumbres y tradiciones de sus familias, barrios, escuelas y más lugares. Permitió compartir los conocimientos y saberes de abuelos y abuelas a través de los relatos de las experiencias que han tenido a lo largo de su vida.

Hoy publicamos los trabajos ganadores e incluimos también una *Guía de mediación lectora* dirigida a docentes que servirá para el fomento de la lectura dentro y fuera de las aulas.

En los libros que tienen en sus manos encontrarán relatos fantásticos, de amor y de terror; leyendas y descripciones de cómo se viven las tradiciones de nuestro país y cuentos que transcurren en la comunidad, la familia o la escuela. Son narraciones que han sido contadas por nuestros abuelos, abuelas, madres, padres, hermanas, hermanos, estudiantes, docentes y más gente que trabaja en nuestras instituciones educativas.

Cada uno de los relatos que aquí se cuentan han sido compartidos desde la palabra oral y la escritura entre toda la comunidad educativa; al leerlos nos conoceremos y acercaremos como comunidad para aprender los unos de los otros valorando la diversidad de conocimientos.

Esperamos que disfruten de esta lectura y que también se animen a contarnos sus propias historias.

Prólogo

La escritura de creación es un misterio. El momento en que alguien toma un bolígrafo y un papel, o está frente al teclado de un computador, se abren las puertas de algo insospechado; nadie sabe en realidad lo que puede ocurrir. La imaginación se pone en marcha, las imágenes nos hacen un cerco, los recuerdos nos caen como en una cascada para envolvernos. Estamos, en esos momentos, en un estado interno mental y emocional en pleno movimiento; una fuerza desconocida nos empuja para sacar a la luz algo que nos pertenece, que nos exige que lo dejemos salir a la claridad del día. Esa es la escritura de creación y la aventura de escribir.

Hay quienes, en un momento de su existencia —desde la adolescencia, en la época de las aulas escolares o más tarde—, eligen ese camino con un entusiasmo singular, movidos por una sensación interna que no puede ser descrita con facilidad. Lo único que saben es que se trata de un impulso que les lleva a escribir y crear un mundo que antes no existía ni en el papel ni en la pantalla. Ese es el misterio de la escritura.

Con esto no solo me refiero al trabajo que hacen los “escritores profesionales”, hombres y mujeres, que han creado literatura y publicado libros como parte del oficio constante que tienen en su vida. No. Me refiero a que la posibilidad y las ganas de escribir están guardadas en cada uno de nosotros. Para muchos, la lectura de libros es el gran estímulo para escribir también. Unos han leído poco, y otros están intentando introducirse en el mundo que describen los libros que están en sus manos. La literatura (los

cuentos, las novelas, las tradiciones y leyendas escritas) no solo está para ejercitar el razonamiento y comprender el contenido de las narraciones, sino también para sentir con nuestro corazón lo que otros nos cuentan; por ello a veces nos hacen reír, nos ponen contentos, hacen que se nos escapen unas lágrimas (o al menos se nos hace un nudo en la garganta), o nos dejan pensando un rato.

Siempre creí en las capacidades y las ganas de escribir que tienen las personas que forman parte de la comunidad educativa: estudiantes, docentes, y también madres y padres de familia. Solo necesitaban una oportunidad, un empujoncito.

Al inicio, cuando en el Ministerio de Educación se planteó esta propuesta, muchos dudaron que el programa “Nuestras propias historias” pudiera dar resultados cuantitativos altos. En un principio tal vez se lo veía como un proyecto un poco soñador, que pretendía convocar a un gran desafío a la comunidad educativa del país. Por ahí incluso escuché decir: “pero si la gente ni siquiera lee, va a ser muy difícil que se ponga a escribir”.

Sin embargo, no ocurrió así. Esta propuesta ha revelado algo que va más allá de la estadística o del cuadro de alcance de metas cuantitativas. Esto es un resultado concreto en términos educativos y culturales. Al interior de la comunidad educativa, la cifra final de 3 729 participantes —entre estudiantes, docentes, personal administrativo, madres, padres, abuelas y abuelos de todo el Ecuador, en unas provincias más que en otras— nos reveló que las personas tienen interés por narrar lo que les ha sucedido, lo que han escuchado o lo que han inventado también. De este gran total, para la publicación se seleccionaron más de ochocientas narraciones que tratan una gran variedad de temas: artes, oficios, profesiones y pasatiempos; leyendas y tradiciones; realismo social; relatos de amor, de terror o fantásticos; o historias de la comunidad, la familia o la escuela.

Este programa de escritura y lectura —originado en el sistema educativo y que tuvo el total apoyo e impulso del ministro de Educación Fander Falconí, durante su gestión— aportará al reconocimiento de la historia, la cultura y la identidad de nuestros pueblos, y será una fuente de investigación importante para estudios académicos (antropológicos y sociológicos) sobre la cultura e historia local y regional, de la población urbana y rural de todo el país.

La amplia gama de narraciones publicadas en los libros que conforman esta colección representa el primer fondo editorial construido en el Ecuador por los propios miembros de la comunidad educativa, que se convierten en creadores, investigadores y difusores de la cultura local y regional. Cada historia aparece con la información de cada autor, lo cual afirma el reconocimiento concreto de su aporte personal a este programa educativo de escritura, lectura e investigación.

Esta gran colección de narraciones se encuentra distribuida en todo el sistema de bibliotecas educativas y comunitarias a nivel nacional. Su entrega a los centros educativos estuvo acompañada de una guía pedagógica que orienta, dentro del aula, el uso metodológico de estos libros, ahora considerados una fuente importante de lectura e investigación del país diverso que tenemos. Esta diversidad está presente en cada una de "Nuestras propias historias".

LUIS ZÚÑIGA
Escritor y creador del Programa "Nuestras propias historias".

Índice

EVELIN DOMÉNICA RIVERA
nació en El Carmen, Manabí, en 2002. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Sociedad, Educación y Renovación. Sus actividades favoritas son leer, escribir y hacer trabajos manuales.

La cicatriz

La tarea estaba fácil, estar en quinto era fácil y Matemáticas no estaba tan difícil, además ya me sabía la tabla de multiplicar.

Necesitaba un lápiz, así que cogí mi cartuchera y me dispuse a buscar uno. "¿No está?...", en mi mente solo había un nombre: Diego. Me giré bruscamente y ahí estaba él, gastándole el borrador a mi lápiz.

— Dame mi lápiz, Diego.

Me observó por un momento y luego se rio.

— Qué tonta eres, recién te das cuenta.



No tenía caso que le dijera nada más.

Me faltaba un ejercicio cuando sentí que jalaron mi cabello, me giré y lo miré.

—¿Por qué molestas tantooo?

—Estoy aburrido.

Qué molestoso, fastidioso y engreído niño de su mami… —dije, y él volvió a jalar mi cabello.

Mi paciencia estaba a punto de acabarse.

—¡Diego, deja de molestarme, concéntrate en tu tarea, no molestes más!

Observé a la profe, estaba concentrada revisando unos cuadernos, no quería molestarla, estaba ocupada.

Diego volvió a jalar, una vez más, mi cabello. Cerré los ojos fuertemente, sentí que la sangre me hervía, me sentía impotente. Cogí mi lápiz con mucha fuerza y me giré…

Mis ojos se abrieron de par en par, no podía creer lo que estaba viendo. En la muñeca de Diego había un hueco profundo. Sentía la mirada de todos sobre mí, me levanté del asiento y caminé hacia atrás. Me di cuenta de que tenía el lápiz en mi mano. En el lápiz había sangre, de tan solo verlo me dio terror. Tiré el lápiz. No me di cuenta en qué momento, pero la profe se había levantado y examinaba la mano de mi compañero con cara de susto. Me observó, Diego lloraba. La profesora se lo llevó y todos fueron detrás de ellos. Me quedé ahí, pasmada, pensando en nada y en todo al mismo tiempo…

De ahí no recuerdo mucho, solo partes: cuando la mamá le copiaba las tareas, o cuando nos tocó hacer un reloj. Después dejé de estudiar en ese colegio y fui a uno de niñas.

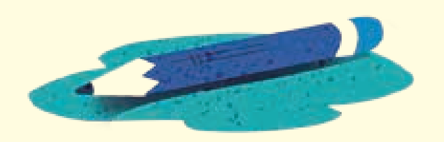
Dos años después, mi mamá salió conmigo a comprar y nos encontramos con Diego y su mamá. Mientras ellas caminaban tranquilas yo me sentía mal, no sabía cómo hablar con Diego, hasta que le dije:

—Lo siento por lo de tu mano.

Diego, que tenía la cabeza agachada, miró hacia el frente y abrió los ojos como platos. Luego los cerró y rio un poco.

—Mi mamá dijo que lo que pasó fue mi culpa, por cargoso.

Luego de eso se volvió a reír y yo reí con él. Recuerdo que le pregunté si podía ver su mano y dijo que sí. Ahí estaba una cicatriz en forma de círculo y muchas venas alrededor, parecía un sol, y en la parte de atrás también había una marca. Diego dijo que el lápiz había atravesado su muñeca, que nunca entendió qué fuerza había puesto, pero que le dio mucho miedo de mi cara. Yo solo le sonreí tímidamente.



MADELEINE JEANNETTE GUACHI nació en Ambato, Tungurahua, en 2003. Estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Ambato. Su actividad favorita es estar en constante aprendizaje.

El umbral de los recuerdos

Paseando por mi bella institución, mi mente divaga y atraviesa el umbral de los recuerdos. Llegan a mi memoria todos aquellos momentos vividos a lo largo de mi jornada estudiantil. Se hace nítida la primera vez que ingresé al colegio y me embriagan sentimientos que creí olvidados, me atrapa el nerviosismo y entusiasmo de encontrarme en un lugar desconocido, el mismo que más tarde me daría la oportunidad de coleccionar nuevas amistades y experiencias.



1

Recuerdo que aquella tarde se presentó limpia y calurosa, la excitación entre los jóvenes se volvía palpable a medida que se llenaba el lugar. Las autoridades dieron apertura al nuevo año escolar e inmediatamente organizaron a los alumnos en sus cursos correspondientes. Al llegar a mi salón —ubicado en una sección alejada de los edificios centrales— creció mi inquietud, pero el transcurrir del tiempo borró de mí toda turbación, dando paso a la seguridad. En este lapso conocí a muchos extraños que de pronto se hicieron fundamentales en mi vida.

2

Superado mi primer año, regresé al colegio recargada para encontrarme con mis amigos y hacer insensateces joviales, pero mis planes se vieron frustrados al perder a una preciada amiga que cayó enamorada. La mayor parte del año viví el desconsuelo de perderla, y aunque ella regresó a mí después de mucho tiempo,

volvió diferente, destrozada; mientras, descuidadamente, yo iniciaba un extraño vínculo con la causa de su decepción.

3

Considero que mi tercer año fue el más interesante, porque fui empujada de mi zona de confort. Fui electa presidenta del curso y, además, me enamoré por primera vez. Siempre imaginé el amor como algo agradable y duradero, pero a la final, cuando está lleno de errores y prejuicios, resulta doloroso y efímero. Verlo aún resulta doloroso, recordarlo aún resulta doloroso.

Actualmente curso el cuarto año y, aunque apenas inicia, estoy llena de expectativas y aspiraciones que deseo cumplir. Sin olvidar que mi colegio me ha brindado conocimiento; me ha permitido conocer a personas increíbles que espero sean parte de mi vida por mucho tiempo, y a un primer amor que no pudo florecer y sucumbió ante la adversidad; y, sobre todo, me ha dado la esperanza de un futuro próspero.

CRISTINA RODRÍGUEZ nació en Ambato, Tungurahua, en 2002. Estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Fiscal Guayaquil. Su actividad favorita es reunirse con su familia.

El inicio de una gran amistad

Cuando tenía cuatro años, mis padres decidieron inscribirme en una escuela que quedaba en la misma cuadra donde vivía. El primer día de clases fue muy emocionante, hice muchos amigos, entre ellos Erick, que estaba en un grado superior a mí.

Nos hicimos muy buenos amigos y, aunque éramos unos niños, nos empezamos a gustar. En la hora del recreo teníamos padrinos,



ellos nos molestaban, y yo solo me reía y me sonrojaba, qué más podía hacer si era una niña. Todo el año pasaron molestándonos nuestros compañeros e incluso nuestros padres.

La escuela tenía la tradición de escoger a la princesita de Navidad; ese año fui yo y mi caballero, obviamente, fue Erick. Recuerdo que estuvimos en el curso con nuestros padres, que repartieron bocaditos, caramelos, torta, etc. Cuando la fiestita se terminó quedamos algunos niños en la escuela, los padres estaban en el curso y nosotros en el patio, donde había una gruta de la Virgen. Erick y yo estábamos con Karla, una niña de quinto año. Como no había ningún padre, ella decidió casarnos, aunque suena demasiado ilógico que dos niños, de cuatro y cinco años, se casen. Ella fue el sacerdote y la ceremonia fue frente a la Virgen.

En ese momento solo nos vio la directora, por lo que no hay una foto de ese hermoso recuerdo, pero ella dijo que parecía una boda

real, que intercambiamos los anillos e hicimos la promesa; yo solo recuerdo el momento de los anillos, así que no sé realmente cómo fue todo.

Estuvimos en la misma escuela hasta tercer año de básica, durante todo ese tiempo nos seguimos gustando y nos molestaban hasta los profesores. Erick era un niño simpático, por lo que le gustaba a muchas niñas. Recuerdo que para las fiestas julianas fui candidata para la elección de la "Criolla bonita" y Erick iba a ser mi caballero, aunque no éramos del mismo curso, pero la mamá de la niña que había sido escogida en su grado dijo que si él no era el caballero, su hija no participaba, así que tuvo que estar con la otra niña.

Cuando iba a cuarto año cerraron la escuela; nos pusieron en distintas instituciones pero no dejamos de vernos, porque él vive cerca de mi casa. Él siempre ha estado presente en mis cumpleaños y yo de igual manera. Nuestra amistad ha sido muy tierna y sincera, tanto que no se ha perdido con el pasar de los años. Siempre tendré el día de mi "matrimonio" como el más bello recuerdo de mi infancia, una historia en la que resalta la inocencia de los niños.



LISSBETH CÁRDENAS
estudia en la Unidad
Educativa César Cordero
Moscoso.

Empezando de cero

No sé si les ha pasado, pero mis primos pequeños siempre me preguntan cómo se siente crecer, estar en el colegio, poder salir con tus amigos hasta tarde… Pues déjenme decirles que no es tan bonito como creen. Hay deberes por hacer, lecciones que dar, exposiciones que presentar y sobre todo esto están las dolorosas notas que se deben superar en cada bloque; el mundo se rige por esto. En el colegio no todo es bonito, hay veces que deseas volver a la escuela, a esos bellos días de largos recreos, de intensos juegos



y de eternas risas; poder despertar y tener cinco años; ser aquel niño feliz y energético al que no le importaba si estaba lloviendo o estaba soleado, para ese niño cada día era perfecto. Pero regresas a aquella realidad en la que tienes dieciséis años, estás en bachillerato y ves que el tiempo pasó y no volverá, y en ese preciso momento entiendes la importancia de disfrutar cada segundo que pasa de tu vida. Ahí entiendes que nada es para siempre. Las mejores anécdotas que puedes tener son sobre la amistad y mi historia comienza así…

Estaba yo, una chica alta, delgada y con un horrible cabello, llegando a octavo grado. Todo, absolutamente todo era raro. ¿A quién no le va a parecer extraño cambiarse de escuela, de ciudad y hasta de familia, y empezar a vivir con las personas a las que solo veías, cada dos años, en vacaciones? ¡Créanme, es demasiado difícil aceptar esa realidad! Estaba sentada en la primera banca, exponiéndome a un

nuevo mundo. Era incómodo ver cómo todos llegaban y se abrazaban. También llegaron otras personas nuevas, pero eran mucho más sociables que yo en aquel entonces. Estaba muy triste y confundida. "¿Habré tomado una buena decisión al decidir mudarme a vivir aquí?". Eran muchas las preguntas que pasaban por mi mente, pero todo eso se desvaneció cuando una mano tocó mi hombro y una voz tranquila me preguntó:

—¿Cómo te llamas?

Con miedo a responder y quedar mal, lo hice tartamudeando:

—Me llamo Lissbeth. —Para una persona que en su infancia sufrió bullying, era complicado hablar sin sentir temor.

Así empezó una amistad con quien en ese tiempo llamé mi mejor amiga. Ella era alegre, divertida y conocía el colegio como si hubiera nacido allí. Fue pasando el tiempo, gracias a ella conocí gente y fui entrando en confianza.

Aunque no era la mejor en notas, pasé el año y llegué a noveno con otra actitud, ya que ya no era la nueva. Reconocía rostros familiares, así que entré y saludé. El día trascurrió con el típico "Levántense, dígannos su nombre, cuántos años tienen, de qué colegio vienen y qué les gusta hacer"; en qué institución educativa no hacen eso… Ese año no fue ni tan bueno ni tan malo. Aquella persona a la que llamé mi mejor amiga se alejó y consiguió otra mejor amiga; qué rápido me remplazó. En cambio, yo esperé un tiempo, conocí a mejores personas y encontré a una chica que no era muy sociable, ni muy expresiva, pero de alguna manera ella me entendió y, con el tiempo, ocupó aquel lugar vacío de amistad.

Han pasado años y hasta el día de hoy ella es como mi hermana. Sé que puedo confiar en ella porque, al conocerme mejor, en vez de irse y divulgar todo al mundo, se quedó y me escuchó. Me ha apoyado en los momentos difíciles y ha estado conmigo para

celebrar mis triunfos. Esa persona conoce absolutamente todo de mí, se sabe mi vida de memoria y espero jamás perderla. Es una gran amiga y una gran consejera.

Madurar y crecer no es algo aburrido, pero tampoco es muy divertido, ya que te das cuenta de que el tiempo pasó y no aprovechaste ciertos momentos que debías. Y es por eso que les repito a mis primos pequeños que disfruten cada día como si fuera el último, que rían hasta que les duela la barriga, que corran hasta que les duelan los pies, que griten hasta que les duela la garganta, porque ya de jóvenes todo eso quedará en el olvido y muy pocas veces se repetirá.

DAYAN ARIEL CRUZ
nació en El Corazón, Cotopaxi, en 2002. Estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Gonzalo Pizarro. Su actividad favorita es jugar básquetbol.

En busca de un verdadero amigo

Martín era un niño de tan solo cuatro años que vivía con su padre en una pequeña ciudad al norte de Europa. Un día, el niño le dijo a su padre:

— Papá, papá, ¿cuándo podré ir a la escuela?

Y el padre le dijo:

— Cuando cumplas cinco años, hijo. ¿Y qué es lo que te hace tener tantas ganas de ir a la escuela?

— Porque quiero tener muchos amigos, ¡y también aprender cosas nuevas, papá!

Poco tiempo después llegó el día que tanto esperaba Martín: el inicio de clases. Al entrar al salón, el niño estaba muy emocionado, con ganas de conocer a otros niños y que fueran sus amigos. Martín cumplía años aquel día, así que invitó a todos sus compañeros de clase para que fueran a su casa y así llevarse mejor.

De vuelta a casa, le contó a su papá todo lo que le había pasado en su primer día en la escuela. ¡Estaba muy emocionado!

Al llegar la tarde, tenían todo preparado para la fiesta de cumpleaños, pero, al ver que ningún niño llegaba, Martín se puso triste y lo único que hizo fue irse a su cuarto y llorar. Su padre se acercó y le dijo:

— Tranquilo, hijo, talvez no vinieron porque todavía no te conocen bien, o quizá se olvidaron… como todavía son niños, les es difícil acordarse de las cosas. Pero mañana podrás conversar con ellos y verás que muy pronto tendrás muchos amigos.

A la mañana siguiente, el niño llegó a la escuela con la esperanza de que las cosas fueran como su padre había dicho, pero no fue así. Cuando Martín iba saliendo al recreo, tenía consigo una pelota, pero nadie quería jugar con él. Martín se puso triste otra vez y volvió al salón de clase, donde la maestra le preguntó:

— ¿Te sientes bien, Martín?

Y él respondió:

— Sí, maestra, no me pasa nada —con una sonrisa en su rostro.

Pero la maestra no estaba muy convencida, así que decidió ir a visitar al papá de Martín en su casa para preguntarle si sabía el motivo de lo que había visto aquel día en la escuela. Ahí fue donde la maestra se enteró que Martín estaba triste porque sus



compañeros le ignoraban y no le tomaban en cuenta para nada, y lo único que él quería era un amigo para no sentirse tan solo.

Desde ese día, la maestra le puso más atención a Martín que a los demás niños, por lo que sus compañeros le tuvieron envidia y lo que menos querían era ser sus amigos. Martín no se sentía muy bien, así que en la tarde su padre le llevó a un lago que quedaba cerca de su casa para que jugase con una cometa que su tío le había regalado por su cumpleaños, pero el niño la hizo volar tan alto que la piola se arrancó y la cometa cayó al otro lado del lago.

Entonces, de repente apareció Enrique, el niño que vivía en el último barrio del cerro. Él cogió la cometa y fue a devolvérsela a Martín, quien, muy feliz, le dio las gracias y le preguntó si quería jugar un rato con él. Sin embargo, el niño solamente había salido a comprar medicinas para su madre, que estaba mal de salud, así que no podía quedarse.

— Otro día podremos jugar —dijo Enrique.

— Está bien, mañana te espero en este lago —respondió Martín.

Al día siguiente, mientras Martín iba llegando al lago, vio que Enrique lo estaba esperando, tal como habían quedado, pero Enrique no se veía tan bien.

— ¿Te pasa algo? —le preguntó Martín

— Mi madre acaba de fallecer esta mañana, los doctores no pudieron salvarla —le contó con lágrimas en los ojos.

Martín, al escuchar esto, lo abrazó para consolarlo.

— Me tengo que ir, dentro de una hora será el entierro de mi madre y no puedo llegar tarde —dijo Enrique.

— ¿Puedo acompañarte?

— Tu padre se molestará mucho si te vas sin decirle nada, mejor te acompaño a tu casa y le contamos todo a tu papá, y así podremos irnos tranquilos.

Al llegar a casa de Martín le contaron lo sucedido a su padre.

— Yo los llevaré en el coche a casa de Enrique, para que puedan llegar más pronto —les dijo.

Y así lo hizo, llegaron justo a tiempo para el entierro de la madre de Enrique. Él estaba muy triste, sobre todo porque su madre era la única persona que tenía. Después de lo que había sucedido no tenía con quién vivir, así que las personas de su barrio le iban a mandar al orfanato. Al enterarse de esto, el padre de Martín decidió adoptar a Enrique y Martín se puso muy feliz al escuchar la noticia.

En casa, Martín trató a Enrique como al hermano que no tuvo y le compartió todos sus juguetes. Al siguiente día, el padre fue a la escuela a inscribir a Enrique; él era un año mayor que Martín.



En la hora del recreo Martín y Enrique se encontraron en el patio, donde los compañeros de Martín empezaron a burlarse de Enrique, ya que se habían enterado de que era un niño huérfano. Pero a él no le afectaba en nada, no le importaba lo que los demás pensaran de él.

—Vámonos a jugar en otro lado —dijo Martín, y se entretuvieron con una pelota durante todo el recreo.

Eran los niños que más se divertían en la escuela, jugaban como si fuese la última vez que iban a estar juntos. Desde aquel día, Martín no volvió a sentirse solo ni a ponerse triste cuando sus compañeros lo ignoraban, porque sabía que por fin había encontrado al amigo que tanto había buscado.

Al pasar el tiempo, Martín y Enrique se graduaron y cumplieron las metas que soñaron de pequeños: Martín se graduó de psicólogo, para ayudar a los niños que pasan por el mismo problema que él tuvo en su niñez; y Enrique se graduó de maestro, y ahora trabaja dando clases a los niños del barrio donde nació.




HENRY SEBASTIÁN MORALES
nació en San José del Punge-Quiroga, Imbabura, en 2001. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Luis Ulpiano de la Torre. Sus actividades favoritas son leer, dibujar, escribir y tocar música.

Entre notas musicales

Yo, como cualquier niño que crece entre juegos e ilusiones, siempre tuve una gran curiosidad y pasión hacia el ejército y la vida militar. Recuerdo que me gustaba platicarles a mis padres sobre mi futuro en un cuartel. Cuando tenía cinco años de edad, ellos me dieron la noticia de que entraría a una escuela militar. A mi corta edad, ya pensaba en grande, aunque, admito que lo duro y costoso de aquella institución me hacía perder mis ilusiones.



Estudié por siete años en la Academia General Carlos Machado Arroyo. En ese tiempo me formé como una persona recta y respetuosa, y, además, mientras estudié en esa escuela desarrollé continuamente un gusto hacia las clases de música. No recuerdo bien los detalles, pero sí sé que fue un maestro quien descubrió un talento en mí. Según dijo, yo tenía un oído muy afinado, y desde ese día me volví un artista, me apasioné por el canto y la música.

En algún lugar de mi memoria está el recuerdo de que, cierto día, por pura curiosidad, tomé la guitarra que mi padre tenía, la cual él tocaba muy bien y de la que nunca me había entrado interés por aprender. Pero aquel día fue diferente, y mientras hacía sonar sus cuerdas sin ningún sentido ni coordinación, mi padre se sentó junto a mí y empezó a enseñarme. Él siempre ha sido un hombre recto y estricto, pero a la vez muy cariñoso con nosotros. La verdad, nunca pude aprender nada, porque aunque

me gustaba el hermoso sonido de las cuerdas, tenía la sensación de que era muy difícil saber cómo producirlo.

Cierto día, tan normal como todos, mis padres me hablaron de un colegio llamado Luis Ulpiano de la Torre. Me explicaron que allí se impartía la especialidad de Arte musical. Yo, al escuchar eso, muy emocionado, les dije que quería estudiar ahí, para ser uno de los mejores músicos de colegio.

Luego de un tiempo, ya casi terminándose las vacaciones, para el inicio de clases, mi madre me dio la buena noticia: habían decidido inscribirme en el colegio de mis deseos. A unos días de empezar las clases del nuevo año lectivo fui a coger el cupo y a matricularme junto a mi madre. Yo estaba emocionado, tanto que incluso dejé atrás mi sueño de niño de entrar a las líneas del ejército. En ese instante se enfrentaron mi sueño y mi realidad. Cuando mi madre me dijo que ya era parte del colegio y que este era uno de los más reconocidos en el Ecuador, a mi mente vino un mundo de ilusiones.

El primer día de clases, yo estaba muy nervioso y emocionado a la vez. Recibimos la bienvenida del rector y luego todos fuimos llamados a nuestras aulas. En las aulas, como siempre muy tímido, no conocía a nadie, así que opté por intentar hacer algún amigo y así perder un poco el miedo. Miré a un lado y vi a un chico igual de nervioso que yo. Recuerdo que solo lo llamé y le pregunté la hora, para romper el hielo; nos presentamos, él me dio la hora y comenzó nuestra amistad.

Pocos días pasaron y ya me gustaba mucho estudiar en la UELUT. Me encantaba todo: sus espacios, sus materias, sus maestros, todo. En especial guitarra, piano, y un instrumento de nuestra elección. Al principio escogí como instrumento de preferencia la flauta traversa, que en un año más cambiaría por otro de mayor gusto: el saxofón, que aún toco. También, entre mis materias preferidas

se encontraba la lectura musical, pero lo que en un principio fue sumamente fácil para mí, luego de algunos años se dificultó, a medida que comencé a tener problemas de la vista. Ya no podía leer partituras y se ponían muy difíciles, y eso era muy notorio para los profesores. Tres años seguidos pude aprovechar mi oído, pues tenía tendencia a sacar las canciones a oído y no leyendo las partituras, pero esto, obviamente, me ocasionó problemas. Como cualquier músico en ese tiempo, opté por escuchar las canciones y aprenderlas de memoria, algo un poco difícil para alguien tan "desmemoriado" como yo.

No estoy seguro de cómo o por qué razón tengo aquella capacidad, de "sentir la música", por así decirlo. Cuando escucho una canción es como si entrara en mi mente y se separara en muchas partes: cada nota, cada tesitura y cada sonido se acomodan en algo mágico, en algo sublime, que no se oye nada más, sino que se escucha y se siente. Con la práctica y el tiempo fui desarrollando más y más mi oído para que fuera más exacto y afinado. Entonces, oído y memoria iban juntos. Lo difícil tenía que ver con el director de la banda o el profesor, que nos repartían voces u obras individuales para que las interpretáramos al instante. Tengo que admitir que fue muy duro tener que volver a interpretar partituras, pero, con la misma velocidad con la que había olvidado la lectura, también pude recordarla y volver a usarla.

Siempre creí que lo que hacía estaba mal: sacaba una canción dejando las partituras a un lado e imitando a aquellos que ya las habían interpretado; pero esta creencia duró solo hasta que me di cuenta de que casi nadie tenía la misma destreza de interpretar canciones solo tras escucharlas. Esto les gustó a algunos de mis amigos y compañeros, quienes me ofrecían trabajo en sus grupos de música ecuatoriana, y así, sin haberlo pensado, me dieron un impulso y una gran satisfacción, porque al fin se apreciaba lo

que yo hacía. Esto también me ha ayudado a ser mejor músico e intérprete. En un futuro espero poder dominar a la perfección las dos técnicas, volverme uno de los más grandes músicos y ser reconocido nacional e internacionalmente, como compositor, intérprete y cantautor. Así, con el suficiente conocimiento, también podré descubrir la razón de aquella capacidad de asimilar la esencia de la música, no como un montón de sonidos que simplemente se escuchan, sino como algo tan hermoso que se siente con el alma y se interpreta con el corazón.



NICOLE GEORGINA VÁSQUEZ
estudia en tercer año de Bachillerato, en la especialidad de Escultura y Arte gráfico.

El poder de la música

Era el mes de junio, estábamos en pleno tiempo de campañas para las elecciones del nuevo Consejo estudiantil. Todos los estudiantes ansiaban aquellos dos días especiales, en los cuales las listas candidatas muestran sus proyectos y realizan actividades recreativas con la intención de ganarse el voto de sus compañeros.

Cierto día, entre semana, se me acercó el candidato a presidente de una de las listas y me sorprendió con lo que dijo en



ese momento. Me pidió de favor que participara en su campaña cantando y entonando el piano. No sabía qué contestar, le dije que lo pensaría y que pronto le daría una respuesta. Sí quería participar, pero nunca había estado frente a tantas personas, ¡mucho menos frente al colegio entero!

En ese entonces yo tenía pánico escénico, me aterraba que la gente me viera o me escuchara hacer música, porque pensaba que no era lo suficientemente buena. Esa misma tarde, al llegar a mi casa, se lo conté a mi mamá. Ella me dijo que lo hiciera, ya que años atrás ya me habían pedido que participara, pero por mi miedo lo había rechazado; también me dijo que no fuera cobarde, que enfrentara mis miedos haciendo lo que más me gusta, ya que luego todos esos momentos quedarían guardados en mi mente, y que no me arrepentiría de haberlo hecho.

Estaba decidida, “¡Lo haré!”, pensé. Pero había un problema, no podía hacerlo sola, necesitaba un compañero. De pronto se me vino a la mente la imagen de mi amigo Frank, él sabía entonar la guitarra y, al igual que yo, amaba la música y no le gustaba tocar solo. Era como si todo hubiese sido planeado de manera perfecta, hablé con él y quedamos de acuerdo en presentarnos juntos. Ninguno de los dos había tocado jamás en forma de dueto, mucho menos conocíamos el estilo del otro o la manera de trabajar respecto al hacer música. Tuvimos nuestro primer ensayo y, sorprendentemente, encajamos súper bien, ni siquiera discutimos ni hubo malentendidos.

Así transcurrieron los días, en cada ensayo íbamos mejorando, sabíamos que cada día que pasaba era uno menos que nos quedaba para practicar. La noche anterior a nuestra presentación estábamos muy nerviosos, teníamos miedo a equivocarnos y ser la burla del colegio, o simplemente que no les gustara.

Finalmente llegó el gran día, estábamos tras bastidores, faltaba muy poco para salir al escenario. Todos los integrantes de la lista nos dieron su apoyo y eso fue lo que nos dio el coraje que nos faltaba para poder salir. Al estar parada ahí tuve una sensación indescriptible, sentir todas esas miradas sobre mí… tenía un nudo en la garganta que impedía que cualquier intención de sonido saliera de mi boca. Respiré hondo, junto con Frank, y comenzó a sonar la música. Conforme íbamos tocando, el miedo se iba desvaneciendo poco a poco, la confianza y la seguridad se apoderaban de nosotros, hasta que ambos teníamos el control de la situación ese momento.

Tocamos con el alma. Nunca esperamos recibir la cantidad de aplausos y gritos de euforia que el público nos dio al terminar. Habían quedado contentos con nuestro acto. En ese momento entendí lo que la mayoría de los artistas dice: que los aplausos

son la mejor paga. Es completamente cierto, no hay palabras para describir lo que se siente que te aplaudan y que te apoyen en lo que haces. ¿Y saben qué?, la lista a la que apoyamos quedó ganadora.

Elegí escribir sobre esta anécdota porque aquel día no solo fue una presentación para mí, ese día enfrenté mis miedos. No solo gané un compañero de música sino también un excelente amigo; conocí a muchas personas e hice bonitas amistades con ellos; y, gracias a ese día, dejé mi huella en la memoria de todos los que estuvieron presentes.

Han pasado seis meses desde aquel día, y me alegra contarles que ya no tengo miedo ni vergüenza de que la gente me vea, formé un grupo junto a Frank y seguimos haciendo música juntos. Quizás no sea Beethoven o Mozart, pero no dejo de practicar, para algún día llegar a ser tan grande como ellos.

Con esto me despido, no sin antes decirles que si tienen algún sueño, nunca lo abandonen por miedo al rechazo o por vergüenza. Arriésguense, si nunca lo intentan, nunca lo sabrán.




ISMAEL SALAZAR
estudia en la Unidad
Educativa San Gabriel.

Perdiendo el miedo

En mi periodo estudiantil hubo un acontecimiento que marcó mi vida. Transcurrió en el décimo grado de Educación Básica. Una nueva profesora de Lengua y Literatura había ingresado aquel año al colegio. Las cosas iban con tranquilidad hasta que, un día, esta misma profesora, en una de sus horas de clase, anunció que se había abierto un concurso en el cantón y que debíamos escribir un ensayo acerca de la importancia de la educación en los niños y jóvenes; además de mencionar las formalidades necesarias y la fecha límite. Era el primer concurso en el que tenía la oportunidad de participar.



Sentía una pasión muy grande por la escritura investigativa y de opinión, por lo que presentía que podía ganar. Así, con ese entusiasmo, esa misma tarde empecé a redactar el ensayo, buscando referencias, estadísticas y opiniones. Al terminar, corregí los errores. Me sentía contento con el resultado, lo imprimí y lo entregué al siguiente día.

Una semana después, la profesora anunció que mi trabajo había salido elegido entre los de todo el colegio. De inmediato se me dibujó una sonrisa en el rostro y cuando, días después, llegó el comunicado de que había clasificado para las finales cantonales, aquella sonrisa se transformó en emoción y miedo. La final consistía en un debate público, hasta aquel día jamás había hablado en frente de tal cantidad de personas, ni siquiera era capaz de hacerlo frente a mi curso. El pánico se apoderó de mí, pero en ese punto no podía ni quería renunciar. Aquel año me propuse perder ese miedo y aquel era el reto que necesitaba.

Comencé a prepararme casi a diario con los profesores de Lengua y Literatura, pero principalmente con la profesora nueva y mi directora, que con su vasta experiencia y conocimiento me enseñaron cosas realmente valiosas, no solo para el concurso sino para la vida.

Llegó el día del debate y mis nervios estaban a flor de piel. Con la esperanza y la preparación en la mente y el corazón, me dirigí al auditorio en el que se llevaría a cabo el evento junto con la profesora y un grupo de compañeros que nos acompañaron. Llamaron a los participantes al escenario, cada parte de mi cuerpo temblaba pero estaba muy enfocado en lo que venía a hacer. Yo era el primero en intervenir. Todo transcurrió muy favorablemente para mí, pero en la tercera pregunta mi cerebro se quedó en blanco y me quedé paralizado por unos incómodos segundos; logré recuperarme justo a tiempo para retomar mi ritmo y seguridad. El evento duró aproximadamente dos horas y, tras una exhaustiva deliberación, anunciaron a los ganadores.

Obtuve el primer lugar, no podía parar de sonreír. Al bajar del escenario, mi mamá, mi profesora y mis compañeros me esperaban en medio de abrazos y felicitaciones. Retornamos al colegio con el orgullo de haber representado bien a mi institución, a la que le debía tanto. Les anunciamos a los directores los resultados obtenidos y otra ola de aclamaciones y felicitaciones me envolvió.

Este acontecimiento me abrió muchas oportunidades: pude realizar un discurso de introducción para el gobernador de la provincia, di varios conversatorios en diferentes instituciones de la zona, fui elegido para animar un evento del Ministerio de Educación y, finalmente, me decidí a participar en el Consejo estudiantil de mi colegio, del que ahora soy presidente.

Todas estas experiencias han cambiado mi vida, enseñándome que el miedo es el único límite para conseguir mis metas y que,

cuando uno se esfuerza en lo que le gusta y aprovecha cada una de las oportunidades que se le presentan, puede lograr grandes cosas. Como me repetía constantemente mi profesora y como ahora tengo grabado en la pared de mi habitación: el éxito se compone de un uno por ciento de talento y un noventa y nueve por ciento de sudor. Si utilizas tu talento para cosas positivas, cosas positivas alcanzarás.




SANDRA JAKELINE CADENA
nació en El Ángel, Carchi, en 2001. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa El Ángel. Su actividad favorita es leer.

La mejor experiencia de mi vida

Viví una gran aventura que comenzó un día en que estaba en mi habitación, viendo la publicidad de un instituto de inglés. Sin pensarlo mucho, me registré y, semanas después, ellos me llamaron. Mis padres estaban convencidos de que mandarme a Londres a los diesiséis años podía ser una locura, pero mis hermanos no lo creyeron así; más bien, pensaban que el mundo

es muy grande y debía conocer más culturas. Las cosas se fueron dando con el tiempo, hasta que mis padres firmaron el contrato. Yo solo pensé: "¡Estoy tan feliz, esto es un sueño!".

Sin percatarme del tiempo, pasé un mes en el proceso del trámite para sacar la visa y, sin pensar, un día ya estaba en el aeropuerto con mi familia, lista para empezar la que sería la mejor experiencia de mi vida.

Era 16 de julio y mi vida estaba comenzando a dar un giro inesperado. La verdad es que sí tuve mucho miedo, principalmente porque era la primera vez que iba a viajar sola. Ese día, al estar lista para irme, me despedí de mis padres, no los volvería a ver en dos meses. Mi madre, con lágrimas en los ojos, me deseó un pronto regreso. Una vez en el avión me sentía, literalmente, "en las nubes". Era un viaje muy largo, de casi doce horas, y nunca me imaginé pasarlo junto a una persona gay, que roncaba demasiado y no me dejaba dormir; fue una situación muy embarazosa pero a la vez muy divertida.

El aeropuerto de Londres era un lugar gigantesco. En Migración tuve un momento de nerviosismo ya que me pidieron muchos documentos en inglés, pero gracias a Dios pude sobrellevarlo. Al retirar mis maletas recibí la mala sorpresa de que no aparecían. Ese momento me desesperé y pensé: "¡¿Qué haré en otro país sin nada de ropa?!", pero pronto me ayudaron, ya que una persona se había confundido de equipaje. Finalmente salí y ahí estaba un taxi del instituto al que asistiría. Fue muy gracioso cuando subí al carro y entré al asiento del conductor, ya que en Londres se conduce al lado contrario que en nuestro país. Me llevaron a la casa de mi familia anfitriona y estaba lista para mi primer día de clases.

En la casa residencial me esperaron con una comida muy fea; no estaba acostumbrada a otro tipo de sabores. Al subir a la habitación conocí a mi compañera de cuarto, era una chica de



Taiwán llamada Lee-Sin-Yun. Al principio no nos llevábamos muy bien, pero después se convirtió en mi hermana. La primera noche me costó mucho conciliar el sueño, ya que eran seis horas de diferencia con Ecuador. Al otro día fui al instituto, que estaba a una hora de la casa. Al ser la nueva me sentía como el “bicho raro” de la escuela, pero con el tiempo mi inglés fue mejorando y me relacioné con personas de muchos países, como Turquía, Emiratos Árabes, Argelia, México, España, Argentina, Suiza, Japón y muchos más. Cuando quise regresar a casa por la tarde no sabía qué bus coger y me perdí, tuve mucho miedo pero llamé a un taxi que me transportara de regreso; y, como todo lo que pasa te enseña algo, luego de esa vez no volví a perderme.

A lo largo de mi experiencia conocí muchos lugares que jamás imaginé visitar, como Bath, Stonehenge, Brighton, Oxford y Cambridge, sitios que quedarán en mi memoria por siempre;

los amigos que hice son grandes personas y me permitieron aprender costumbres y culturas de distintos países. Días después fui a la playa con muchos amigos de China, y créanme que es muy raro ser la única persona que habla español cuando los demás hablan chino, me sentía como “pez en Marte”, pero fue otra bonita experiencia con mis nuevos amigos.

El tiempo pasó muy rápido, había vivido muchas cosas pero había llegado la hora de decir adiós, y tal vez sería la última vez que vería a mis amigos; sin embargo, todo valió la pena. Salí del aeropuerto de Londres e hice una escala en Bogotá. Lo que más me impresionó de ese viaje fue un hermoso amanecer que pude observar. Cuando llegué, a las 8h00, hora de Ecuador, ahí estaba mi familia, con unos globos y la felicidad que embargaba mi corazón.

Finalmente, mis padres me dijeron que estaban muy orgullosos de mí por haber sido tan valiente. Y creo que de eso se trata la vida, de tomar riegos y de ser independiente. No me arrepiento de nada y creo que ha sido lo mejor que me ha pasado en la vida. Todo gracias a mis padres y hermanos.

ANA CRISTINA VILLARROEL
nació en Machachi, Pichincha, en 1966. Trabaja en la Unidad Educativa NASA. Su actividad favorita es viajar por diversos lugares, dentro y fuera del país.

El amor es el camino a la inclusión

Algunos años atrás, cuando en las instituciones educativas la palabra *inclusión* resultaba un término poco conocido, una mañana fría pero soleada al pie de los Ilinizas, en el plantel donde imparto clases apareció un niño de movimientos torpes que ingresaría a segundo año de básica. Padecía de problemas auditivos, dificultades al hablar y frecuentemente



enfermaba. Él era hermano de una excelente estudiante, elogiada por todos los profesores del plantel por sus cualidades para el estudio y quien deslumbró con más intensidad aún por el amor que profesaba a su hermanito. Ella acudía siempre al aula a averiguar sobre él; y él, pese a sus limitaciones y gracias al trabajo conjunto de su familia, sus compañeras, sus compañeros y yo —como su profesora—, aprendió a leer y a escribir. Si bien tenía errores, porque escribía como hablaba, era un niño responsable y querido por todos.

Como en varias ocasiones, un día el niño se encontraba comprando algo de comer en el bar, pero esta vez al pagar le dijo al vendedor:

— Tiene que darme de vuelto quince centavos.

Su hermana, al oír esto, con un brillo en su mirada y emoción

en la voz, llamó la atención de todos los estudiantes que se encontraban a su alrededor:

— ¡¿Vieron que mi hermano sí es inteligente?!

A él también se le iluminaron los ojos y, orgulloso, fue a jugar con sus compañeros.

Tuve la suerte de continuar siendo la maestra del protagonista de esta anécdota en tercer año. Una vez, cuando regresaba al aula, después de recreo, encontré a mis estudiantes afuera de la misma, conformando una especie de muralla que impedía entrar a un niño pequeño de segundo año. Al preguntarles el motivo de ello, me manifestaron que aquel pequeño quería pegar a su compañero especial. Entré a la clase y lo encontré sentadito en su banca, asustado, pese a que él era mucho más grande que el estudiante de segundo año. Empecé a indagar más a detalle la motivación de todo esto y mis estudiantes me contaron que el pequeño de segundo le había querido quitar la colación a nuestro chico especial, pero este no se había dejado y había corrido al aula protegido por sus compañeros. Entonces conversé con el muchacho de segundo año, quien pidió disculpas al niño y todo volvió a la normalidad. Este acto me emocionó mucho, pues vi que mis *guaguas* demostraron unión, paz y solidaridad.

Pasaron los años, el chico especial creció, llegó a décimo año y, con el apoyo de sus maestros, compañeros y familiares, luego se trasladó a un colegio a continuar sus estudios, pues en esa época la escuelita solo ofertaba educación básica. Un día recibí con felicidad la noticia de que él ya se había graduado.

Hace poco tiempo lo vi, a lo lejos, iba con su madre. Ahora también tiene un problema visual, sin embargo lo vi feliz, seguramente por el gran amor de su entorno íntimo.




MARTHA CECILIA GALLEGOS
vive en Pelileo, Tungurahua. Está vinculada con la Unidad Educativa Pelileo.

Nuestra vida con el autismo

La vida nos brinda oportunidades para demostrar cuánta fortaleza poseemos y la resiliencia con la cual enfrentamos los desafíos que se nos presentan. Las crisis muestran de lo que en realidad estamos hechos.

El autismo es un trastorno neurológico complejo que dura toda la vida, es una condición que altera la capacidad de la persona



para comunicarse y relacionarse con otros. También se lo llama “trastorno espectro”, porque quienes lo tiene pueden presentar uno o varios síntomas en común: entre los principales, una deficiencia en la comunicación y las relaciones sociales, intereses reducidos y tendencia a hacer movimientos repetitivos. No hay medicamentos ni tratamientos que lo curen.

Esta historia inicia el 25 de abril de 2005. A las 5h00 nació María de los Ángeles, una niña muy linda, con ojos vivaces y un brillo especial que cautivaba las miradas de todas las personas. A medida que crecía, se notaba que no cumplía con ciertos parámetros de desarrollo de acuerdo a su edad, por ejemplo, casi nunca pedía las cosas, se limitaba a estar sentada en un lugar sin decir ni hacer nada, miraba a las personas como si las analizara, no jugaba con otros niños de su edad, no respondía a su nombre, le molestaba

la bulla y no le gustaba mirar la televisión, lo que para todos eran características de una niña introvertida, muy tranquila.

Con el tiempo creció y llegó a primer año de educación básica, donde la maestra me informó que estaba sufriendo mucho en sus labores educativas, puesto que María de los Ángeles no socializaba con nadie, lloraba desde el inicio hasta el final de la jornada, no seguía instrucciones, no aprendía y se encerraba en una casa de madera que estaba en el interior del aula. Frente a esto, solicitó que se hiciera una evaluación psicológica, y entonces iniciaron los cinco primeros años de incertidumbre por la búsqueda de una respuesta a lo que estaba aconteciendo con María. Vistamos psicólogos, psiquiatras, neurólogos, neuropediatras y médicos generales, y cada especialista tenía su propia versión: desde que era una niña muy mimada hasta que era un ser antisocial que nunca llegaría a ser una persona normal. Estas respuestas me desconcertaban y la vida en mi hogar empezó a centrarse solo en María. Junto con mi esposo, nos olvidamos de nuestros otros dos hijos, Danny y Christopher, quienes se sintieron relegados por su hermana, al extremo de necesitar terapias psicológicas para toda la familia, en las cuales logramos comprender que María requería el apoyo de todos para salir adelante. Luego de tantas evaluaciones, el diagnóstico que se dio fue: "discapacidad intelectual con un CI de 65%", considerado como grave, además de ciertas recomendaciones de los psicólogos que visitábamos.

En este andar cumplió diez años y María asistía a terapia psicológica, por los miedos y traumas que creaba día a día; a terapias de aprendizaje, ya que no aprendía nada en la escuela, todo se le olvidaba; a terapia ocupacional, para ejercitar la atención y la motricidad, y a terapia física, para desarrollar su sistema muscular. Cierto día, en la institución educativa donde trabajo, me asignaron asistir a un taller de "Inducción sobre

autismo". Le agradezco a Dios por esta oportunidad, ya que con los conocimientos que adquirí fui relacionando el comportamiento de María, hasta llegar al punto de buscar a la misma facilitadora del taller para dialogar y darle a conocer mi preocupación, ya que mi hija presentaba características que me hacían pensar que tenía autismo. La Dra. Gianina Ávila, una cuencana certificada para este tipo de evaluación, me concertó una cita en Cuenca, a la cual fuimos y cuyos resultados verificaron lo que me suponía: mi niña tenía autismo, sumado a un retraso mental de cuatro o cinco años en relación a su edad cronológica. Por primera vez teníamos una respuesta real, sólida, aunque al mismo tiempo letal, sobre todo para mí, que siempre pensé que mi hija sería mi alegría, la mejor, la más inteligente. Una idea tonta, ya que aún con su autismo es todo eso y más. Mi esposo recibió la noticia con mayor tranquilidad ya que de cualquier manera, desde el inicio de nuestra peregrinación buscando una respuesta, él fue el más fuerte y aceptó la realidad. Pero a mí el mundo se me cayó encima, miles de preguntas llenaron mi mente: ¿qué vamos a hacer?, ¿cómo enfrentarlo?, ¿cómo ayudarla?, ¿adónde llevarla?, ¿qué hacer con ella para que su vida sea llevadera?

Los consejos y recomendaciones dados por la Dra. Ávila fueron recibidos y puestos en práctica al pie de la letra. Lógicamente, la distancia de Pelileo a Cuenca complicó la asistencia a las terapias ofrecidas por la especialista, de tal manera que hemos buscado ayuda en nuestra provincia, Tungurahua, y también en Quito, pero ha sido muy difícil encontrarla.

María ha pasado por varias instituciones de educación y atención a personas con discapacidad, como la Fundación San Francisco de Patate y Corazón de María, en Pelileo, y actualmente recibe terapias particulares en la Fundación de Vida Realidad y Servicio (FUVIRESE), del cantón Baños, aquí ha sido acogida con



toda la voluntad, ayuda y comprensión. Además de asistir a estas fundaciones, ha ido a escuelas fiscales regulares de inclusión. Segundo, tercero y cuarto años de Educación General Básica estuvo en la Escuela Miguel de Cervantes, de la parroquia García Moreno, donde yo trabajaba como maestra. Desde el año 2014, esta escuela se adosó a la Unidad Educativa Pelileo, donde actualmente se encuentra cursando el octavo año de EGB. Estas dos instituciones han brindado a María el apoyo, la comprensión y la seguridad que ella necesita para entender la vida desde su propio punto de vista. Sus compañeros y compañeras han sido piezas fundamentales en su adaptación, inclusión y desarrollo como estudiante y sobre todo como persona. Está claro que muchas veces le resulta difícil entender y estar inmersa en ciertas actividades que cambian su rutina diaria, pero el apoyo de sus maestros y maestras hacen que sus labores pedagógicas y sociales se le hagan más fáciles. Puedo

decir que la institución se adaptó a María y no que María se adaptó a la institución.

María es ya casi una señorita, pero aún tiene una mentalidad de niña. Convive, se relaciona y comparte día a día con personas que comprenden sus necesidades y le ayudan a sobrellevar sus temores.

Cuento esta historia porque no todos tienen la oportunidad de encontrarse con una personita especial que nos cambia la vida de un solo tajo, que hace que reflexionemos sobre la soberbia que nos envuelve y el ego que día a día vamos engordando. Pero esta personita cambia todo, permite que miremos con otros ojos el mundo, que nos convirtamos en seres humanos verdaderos, amables, solidarios, respetuosos, considerados. Si antes decía que fui bendecida con mis dos hijos: Danny y Christopher, ahora digo que soy doblemente bendecida por el amor, la compañía y la existencia de mi María de los Ángeles, la luz de mi familia, el camino y el sendero para ser personas mejores.

Doy gracias a todas las personas que hacen de este un mundo igualitario para mi hija, lleno de comprensión, amor, solidaridad y, sobre todo, respeto a las individualidades y las diferencias; y a aquellos que fomentan una convivencia armónica y en paz.

María, desde el interior de su mundo, nos enseña el valor del silencio, para construir un lenguaje de almas, y el poder de las miradas, para ayudarnos a cruzar los puentes a su mundo, de donde seguramente saldremos con nuevas esperanzas.




ARTURO MILTON POSSO
trabaja en la Unidad Educativa Gabriel García Moreno.

Todo por ser diferente

Después de aproximadamente treinta años, regresé a la ciudad de mi niñez y el pasado, mágicamente, volvió a mí. ¡Qué emocionante renacer! Un tropel de recuerdos invadió mis pensamientos, evocando intensamente una realidad que ya no existía. Lo curioso del caso es que todo lo vi desde un ángulo ajeno a la escena, como si me observara a mí mismo. Apoyado en la nostalgia, me encaminé a mi escuela primaria, convertida hoy en



escuela de Educación Básica. La vi tan vieja y pequeña, y al mismo tiempo tan grande y moderna…

Recorrí con la mirada todos los rincones donde compartí con mis compañeros, donde nos inventábamos juegos, con cosas hasta imaginarias, donde con mucho asombro y algo de envidia mirábamos la bicicleta nueva de Luis. Vi a la señora que cocinaba en la escuela para, a mediodía, darnos de comer el rico vulgor[1], y así satisfacer nuestros estómagos, algunos inflados más por los bichos que por los alimentos. ¡Qué lindo!, a algunos a veces la señora nos daba un poco más o un emborrajado[2] adicional si le ayudábamos en la repartición. Luego llegábamos a nuestras casas, algunos a comer mejor y otros a ver qué había sobrado. Se me olvidaba decirles que estudiábamos en la mañana y en la

---

1 Arroz hecho de trigo.

2 Especie de empanada rellena de plátano.

tarde, y casi no existía transporte. El mío era una rueda sacada de una llanta vieja de carro, un palo para empujarlo y mucha alegría. Así, a pata llucha[3], llegaba primero a la casa, a veces incluso más rápido que Luis con su bicicleta.

Sacudí mi cabeza para regresar a la realidad y me acerqué un tanto nervioso, como sintiéndome niño otra vez. Miré a través de los ventanales, en un rincón, como desechado, estaba el pizarrón; era de esos con el característico color negro, sí, negro. ¡Ah!, ese pizarrón… donde hace muchos años, un día de octubre, mi buena maestra de primer grado, después de recibirnos como una madre cariñosa, vestida muy elegante y con un aire dominante, nos dijo:

— Soy la señorita Inés.

Asumió una actitud más amorosa y, con una sonrisa más fingida que sincera —pero al mismo tiempo cuidando nuestra disciplina—, continuó dándonos indicaciones y ubicándonos en orden de estatura, con un compañero más, en los pupitres de dos personas. Me senté y miré inquieto para todas partes, no sabía ni el nombre del niño que estaba sentado a mi lado (después supe que se llamaba Pepe). Estábamos entre los primeros, por mi estatura tenía que sentarme adelante.

La señorita Inés cogió una tiza blanca (más tarde aprendí que era de yeso) que manchaba su mano y en la otra sostenía una pequeña almohada.

— Este es mi borrador —nos dijo.

Me causó chiste, pero no me podía reír, solo hice un gesto y seguí muy atento las indicaciones de mi señorita. Tenía sus manos firmes y, con una actitud de mucha confianza, producto de los años de estar en continua labor con unos y otros niños que

---

3 Pie descalzo.

pasaban por esas aulas, escribió en la pizarra. Bueno, eso lo supe después, porque en ese momento nosotros solo mirábamos lo que hacía, hasta que nos dijo:

— Aquí dice "Mi mamá me ama".

Luego nos hizo repetirlo, una y otra vez, hasta casi memorizarlo. Después de un tiempo de estar repitiendo, creo que todos sabíamos qué decía esa oración. Aquí comenzó mi reflexión y tuve que acudir a la consulta de mis más grandes amigos, mis inseparables y fieles amigos, a pesar de que algunas veces he sido muy cruel con ellos, les he abandonado y hasta les he maltratado: ¡mis libros! Pensando en esa gran labor de las maestras y maestros que tienen a cargo un primer grado (hoy segundo de básica), me hice una interrogante que debía responder urgentemente: ¿cómo aprendí a leer y escribir? ¿Usted lo recuerda? Vaya, algunos no lo recordamos, solo sabemos leer y escribir, pero es el colmo… ¡sabiendo leer, nunca leemos!

Claramente viene a mi mente cuando mi padre, al llegar a casa, me interrogó:

— ¿Ya sabes leer y escribir? Porque no quiero que pases el tiempo y, si no, tendrás que ayudarme a trabajar.

Sonriente y a la vez asustado saqué una hoja un tanto maltratada con esas letras que estaba seguro de que decían: "Mi mamá me ama". Al decírselas a mi padre, con un poco de tartamudeo, él me abrazó y me dijo:

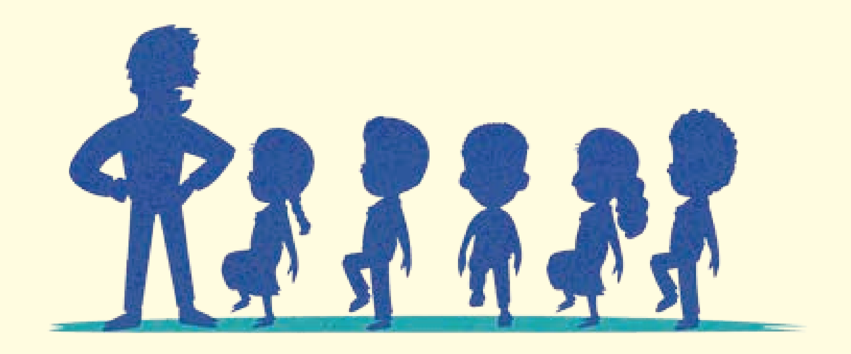
— ¡Ese es *mijo* —y mirando a mi madre con euforia y muy orgulloso, añadió—: ¡Ves, este *guambra* sí que es inteligente, como su padre! ¡Lávate las manos, *mijo*, que comeremos en honor a ti! —Un sudor frío recorrió mi cuerpo, ¡qué susto!, pensé que descubriría que solo repetía la frase y dibujaba las letras, sin tener ni idea de cuáles eran.

Pasaba el tiempo y siempre les contaba, a mi padre y a mi madre, lo que aprendía cada día con mi señorita, quien me recibía diciéndome:

—¡Qué guapo que estás, Possito! —ese es mi apellido en diminutivo.

Qué lindo que era estudiar, qué bueno tener que ir a la escuela para aprender cada día más y que mis padres me abracen felicitándome. Hasta ahí todo era bello, pero llegó un fatídico día después del cual estaba decepcionado de mi escuela y, más aún, de uno de los profesores. ¡Ah!, debo indicarles que nací con la tendencia a utilizar mi mano izquierda, es decir, era zurdo, o "caca mano", como nos decían en esa época, pues se consideraba una anomalía o una deficiencia que utilizáramos una mano no tan común. Qué vergüenza, no quería decirle a nadie sobre este "problema" que tenía, porque se reirían de mí. Pero no sé si fue peor ocultarlo, porque unido a la mala comunicación de mis padres y el profesor, tuve que sufrir las consecuencias de ser zurdo. ¡Ah!, me dirán que hoy no es problema, quizá… pero tengo cincuenta y ocho años… Piense cómo empezaba el día en mi casa en ese entonces, me daban todo con amor pero mis padres, sin saber lo malo que hacían, me obligaban a comer con la derecha porque hacerlo con la izquierda era pecado, decían. Y sé, sin lugar a duda, que mi padre no les dijo nada a los profesores porque era un poco vergonzoso aceptar que tenían un hijo zurdo. Que me obligara a comer con la derecha, ya que estaba atraído por la rica comida que preparaba mi madre, no fue nada; pero lo que me pasó en la escuela marcó mi vida, o por lo menos nunca he podido olvidarlo; lo recuerdo como si fuera ayer.

El director de mi escuela, el señor Manuelito, nos indicaba que todos los alumnos debían repasar una marcha para desfilar por las fiestas de mi ciudad. ¡Qué bello! Nos decían que debíamos



venir bien uniformados. Muy alegre, fui a mi casa a entregarles una nota que escribió la señorita Inés; un poco leyendo y un poco inventándome saque la hoja y, con actitud confiada aunque un poco nervioso, empecé:

— Señor padre de familia, su hijo saldrá a desfilar por las calles de nuestro cantón… —hice una pausa, respiré como para ahuyentar mis nervios, puse una sonrisa entre el miedo y la alegría y continué, con voz baja y entrecortada para que pensaran que estaba leyendo—: Debe venir con zapatos nuevos… —respiré muy angustiado, pues era muy inquieto y mis zapatos ya comenzaban a mostrar mis calcetines de vivos colores y algunos remiendos con lana o hilo.

— ¡Caramba! Más gastos —dijo mi madre.

Y enseguida mi padre respondió:

— Ah… todo sea para que mi hijo se luzca y sea importante. Mañana mismo compraré un par de zapatos nuevos, deben ser negros, ¿verdad?

— Sí, papito —dije emocionado.

Esa noche creo no haber dormido bien. Al día siguiente me levanté y emocionado llegué a mi escuelita. A todos mis compañeritos les decía que mi papá me compraría zapatos nuevos

para el desfile. La voz fuerte del señor Laureano, el maestro que sería el encargado de prepararnos, se escuchó muy segura y firme:

— ¡Niños, formarse de cuatro personas por fila y ocho por pelotón!

No le entendí nada, solo esperaba que mi linda maestra me dijera dónde ubicarme. Ya estábamos formados y, junto a la señorita Inés, levantábamos las piernas tratando de simular la gallardía y el donaire de los estudiantes buenos.

Otra vez sonó la voz del señor Laureano, pero esta vez decía:

— ¡Niños, cuando yo diga "A la de… re", todos deben girar al lado de la mano con la que comen! ¿Entendido?... Vamos a ver, primer grupo… muy bien… Segundo grupo —este era en el que yo estaba formado—, levanten la frente —nos decía—, con elegancia, marchen: quier, dos, tres… Recuerden, el giro es al lado de la mano con la que comen… Segundo grupo, ¡a la de…reeee!

Todos giraron a la derecha, pero yo, obedeciendo las palabras del profesor, giré al lado de la "mano con la que como", que hasta el día de hoy es la izquierda. ¡Trágame tierra!, fui el único que giró al lado contrario de los demás, fatal… a pesar de que cumplía las órdenes emitidas por el señor Laureano. ¡Al lado de la mano con la que comen! "Señor, ¿qué hice mal?", me decía a mí mismo, "¿por qué todos se ríen?, ¿por qué el señor Laureano me dice que soy el único 'tonto', que no sé con qué mano como?"...

Qué ironía, hoy, que soy maestro, sé que al dar esas órdenes afecto los factores psicológicos de los estudiantes y provoco que no tengan una buena percepción visual, un buen conocimiento del cuerpo, una orientación espacial adecuada, un nivel de lenguaje suficiente y correcto, un nivel intelectual normal, una buena relación afectiva y, sobre todo, irrespeto su preferencia de una u otra mano. Todo por ser diferentes.




WENDY NAYELI NAVAS
estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Belisario Quevedo.

Un amor sin prejuicios

Érase una vez una joven que se llamaba Liliana, pero todos le trataban de "Lili". Era la más popular de su colegio, discriminaba a sus amigos y los manipulaba para que realizaran sus tareas. Había un chico en especial, Eduardo, que estaba enamorado de ella, pero Lili no le prestaba la menor atención, a menos que fuera para que cumpliera sus caprichos. Sin embargo, él estaba muy enamorado



de ella y no le importaban las humillaciones que recibía cada día. En una ocasión, él decidió declararle su amor frente a todos sus amigos, ante lo cual Lili reaccionó con risas y carcajadas, y salió del salón, dejándolo triste y lleno de odio contra ella.

Pasaron varias semanas y el odio de Eduardo crecía al recordar ese día, hasta que emprendió un plan para terminar con su popularidad, para lo que reunió a varias personas que fueron víctimas del maltrato de Lili. Para empezar, ellos le hacían bromas de mal gusto y, una noche, organizaron una fiesta y colocaron en su bebida una sustancia que hizo que perdiera el conocimiento. Al despertar, ella se encontraba amarrada en una cabaña, lejos de la cuidad, donde vio fotos suyas en las que estaba muy tomada, haciendo el ridículo en frente de todos. Lili trató de zafarse de las cuerdas que la sujetaban; después de algunas horas lo logró y pudo escapar. Salió de la cabaña, regresó a su hogar a contar lo

que había sucedido y sus padres decidieron acudir al colegio para hablar con la directora.

La autoridad tomó cartas en el asunto y llamó a los estudiantes implicados para que contaran su versión de lo que había ocurrido. Ellos explicaron que Liliana era muy agresiva con todos y que por eso habían realizado ese tipo de venganza. Los padres, al oír eso decidieron hablar con su hija para comprobar si lo que decían era verdad, a lo que Liliana respondió que todo era cierto y que se sentía muy culpable por lo que había hecho.

Al día siguiente, en el colegio, ella reunió a todos sus amigos para pedirles disculpas por el daño que les había causado, y todos la perdonaron. Ellos también se disculparon con ella por lo que le habían hecho y decidieron darle otra oportunidad. Liliana les agradeció y, desde ese momento, cambió su vida y trató a todas las personas con respeto, dejando atrás su popularidad.

Poco después Liliana y Eduardo se empezaron a conocer mejor, se hicieron muy buenos amigos y empezó a nacer entre ellos un amor puro y verdadero. Con el pasar del tiempo, su relación se convirtió en lo más maravilloso de sus vidas.




ADELA SOFÍA MANJARRÉS
nació en Ambato, Tungurahua, en 2000. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Ambato. Su actividad favorita es leer.

Un lugar extraño

Con el pasar del tiempo, los momentos que vivimos se borran o quedan pequeños rasgos de ellos, ya que al crecer pasamos por una metamorfosis de olvido y solo se conserva lo que nuestro cerebro considera relevante. Así me sucedió a mí…

Lo único que recuerdo de mi etapa del jardín es el primer día de clases. Aún puedo sentir el olor de la ropa nueva, a la cual llamaban



“uniforme”. Este consistía en un vestido de marinerita, color azul, con un cuello blanco de filos rojos en forma de corazón, y una pequeña corbata; el conjunto se completaba con un buzo de tres botones del mismo color del vestido y medias panti blancas con las cuales me creía muy elegante. Observar cómo mis zapatos negros, con un diminuto lazo en los lados, brillaban con el sol de la mañana era un juego muy personal que me ausentaba de lo que estaba pasando. También viene a mí aquel temor de una chiquilla que piensa que los únicos que la pueden proteger son sus padres y que siente que está siendo traicionada por los mismos, que la abandonan en un lugar totalmente extraño donde no conoce a nadie; la acompaña un aire de resignación al saber que no volverán hasta más tarde, o al menos eso es lo que dijeron antes de marcharse.

Al entrar a la llamada “aula de clase”, lo primero que llamó mi atención fue un montón de niños y niñas, igual o más chicos que

yo, jugando activamente o llorando desconsoladamente en un rincón. Me preguntaba si yo también lo haría cuando mis ojos fueron deslumbrados por la cantidad de cosas, colores y formas que había, además de un rincón lleno de juguetes, semejante a una habitación hecha a la medida de un niño. Parecía un lugar ideal, siendo aún más maravilloso en el momento en que una gran sonrisa de dientes perfectos se iluminó en el rostro de la maestra.

Era una señora alta y delgada, de cabello corto y negro que hacía un perfecto conjunto con sus ojos achinados y su piel pálida. Se encontraba colocando figuras en la pizarra, muy emocionada, pensando en todas las actividades que haríamos en el tiempo que quedaba. Un niño entró por la puerta y, sin más, esa fue la pauta para que la clase empezara. Todos tomamos asiento de forma mecánica y la sala se inundó con un silencio sepulcral, un poco escalofriante tal vez, pero ese fue el comienzo de lo mejor. La maestra se presentó con el nombre de Isabelita, nos contó las metas a alcanzar y prometió que siempre la pasaríamos muy bien, aun cuando estuviéramos enfermos. A continuación prendió la radio y colocó un CD de todas las canciones infantiles conocidas. Impulsivamente, todos comenzamos a cantar, aunque unos más tímidos que otros, unimos nuestras voces, y la maestra decidió acompañarnos con una coreografía, un poco graciosa pero tan contagiosa que el público se emocionó y terminamos haciendo lo mismo que ella. Me introduje en un trance de emoción y alegría al saber que no era un lugar tan malo y que por fin formaba parte de algo, hasta que accidentalmente choqué con alguien y caí. Un poco avergonzada y adolorida, me levanté del suelo y fijé la mirada en la persona que estaba enfrente y se sacudía tras haberse levantado. Entré en pánico y mis ojos se inundaron de lágrimas, pero esa persona se acercó, me abrazo y dijo:

—¿Me disculpas?, no llores, no fue mi intención.

Sin más, las lágrimas pararon y una leve sonrisa de aquella niña de coletas me reactivó. Ese fue el comienzo de una gran amistad, incondicional y pura, que aunque lastimosamente no duró mucho, ya que la escuela nos separó, aún la recuerdo por los momentos felices y tristes que la formaron.




MARTHA CECILIA VARGAS
nació en Machachi, Pichincha, en 1977. Actualmente es abogada. Su hijo Emilio Peralta estudia en la Unidad Educativa José Mejia Lequerica.

El segundo hogar

Era 5 de septiembre y Andrés se disponía a ir a su primer día de clases. Tenía sentimientos encontrados, estaba temeroso y tímido pero, a la vez, con ganas de experimentar nuevas fases. Andrés era el menor de dos hermanos y siempre tenía ganas de descubrirlo todo. A su corta edad era imaginativo, entusiasta y sabía un truquito para salirse con las suyas ante los límites impuestos por su madre.

Su primer día no se vistió con su elegante uniforme, quiso descubrir su entorno estudiantil de incógnito, así que se puso un



pantalón de tela y una chaqueta que lo hacían parecer un niño muy maduro. Pero, oh sorpresa, sus sentimientos le jugaron una mala pasada y terminó siendo presa del llanto. No había poder humano que lo alejara de la pierna de su madre, sin embargo el destino le puso a cargo de una maestra dulce y a la vez firme. Ella, en su discurso inicial, se refirió a las lágrimas y al temor de formar parte de su grupo, donde todos traían a cuestas sus propios sentimientos, su carácter y sus miedos. Cada uno tendría su propia manera de hacer aflorar sus sentimientos, unos serían tranquilos y obedientes, otros inquietos y bulliciosos, unos pequeños torbellinos; y ahí estaba Andrés, sentado en una esquinita, observando el comportamiento de sus compañeros. Esta pequeña distracción fue aprovechada por su madre, quien salió del aula a hurtadillas, también con sentimientos encontrados. Su hijito adorado, a quien había cuidado desde su nacimiento, por primera

vez se encontraba al cuidado de una persona ajena a su familia. Pero era su momento, tenía la edad para soltar la mano de su madre, empezar a volar, explorar el mundo por su cuenta y saber lo que es compartir sus travesuras con un amiguito.

Mientras tanto, su dulce maestra se disponía a poner a prueba conocimientos y destrezas para que esos pequeños angelitos sintieran su aula como su segundo hogar. Empezó por reconocer a sus discentes para, seguidamente, entonar una canción atractiva para ellos, que se olvidaron de llorar y se sintieron muy atraídos a tararearla. Andrés no era ajeno a este hecho, pues era muy observador y retentivo, así que aprendió de manera inmediata la tonada e incluso fue el alma del grupo. Poco a poco dejó sus temores y compartió con amiguitos y amiguitas nuevas experiencias.

Tocó el timbre de salida y, muy emocionado, corrió adonde su mamá, quien nunca se perdió el primer momento de Andrés, pues se dio modos para mirar desde detrás de una ventana cómo su retoño aprendía a volar.

Han pasado los días, clases van y clases vienen, y Andrés está adaptado a su segundo hogar. Sin embargo, cuando ve a su madre en el plantel, afloran nuevamente sus emociones y tiene ganas de llorar. Su “profe”, como él la llama, sabe de su debilidad y ha aprendido a calmarlo y hacer que supere el alejarse de mamá.




EUSEBIA CECILIA BRAVO
trabaja en la Unidad Educativa Medardo Alfaro.

Páginas soñadas

Yanira era una niña que vivía con sus padres y hermanos, con quienes compartía una vida llena de ilusiones y fantasías, a pesar de que su madre siempre le prohibía jugar. Cursaba el tercer grado en la escuela sin nombre del sitio San Miguel de San Plácido; su profesora Ángela demostraba profundo deseo de enseñar, pero lastimosamente la situación económica de las familias de ciertos alumnos no permitía que ella pudiera llevar sus clases con el mismo nivel, porque algunos no llevaban los suficientes materiales para trabajar en el aula. La

señora Gladys era una vecina que Yanira visitaba frecuentemente. Su madre, Jacobita, era una señora de edad muy avanzada, que llamaba la atención de quienes la veían, ya que en su rostro se le notaba que guardaba un misterio en su interior, por su tranquilidad y sus pocas ganas de relacionarse con los demás.

Un día de clases, de regreso a casa, Yanira llegó ilusionada y llena de alegría, solo de pensar que tendría en sus manos un libro. Así que decidió dar la noticia a sus padres, les dijo que la profesora les había pedido un libro llamado *Escolar ecuatoriano* para utilizarlo en las tareas y los trabajos del aula; el caso era que había aprendido a leer pero no encontraba soporte alguno con escritos o textos para dar rienda suelta a su lectura; sin embargo, no obtuvo respuesta, pues sus padres no dieron importancia a su pedido. Yanira no dejaba de soñar con tocar y manipular un libro, era el mejor regalo que le pudiera llegar en ese momento. De repente vio que uno de sus hermanos sacó, de entre los cuadernos que guardaba en una bolsita de plástico, un libro, tenía el mismo nombre del que le había solicitado la profesora en días anteriores. En ese instante el corazón de Yanira se emocionó y, desconociendo la diferencia del texto, que era de grado superior, pensó en tener aquel tan deseado libro, así que le dijo al hermano:

— En cuanto hagas tus tareas, ¿me lo prestas?

— No —respondió el hermano, sin dar ninguna explicación.

Ella insistió por segunda vez:

— ¿Sabes que ese libro es para todos?

Pero su hermano se negó por completo y respondió:

— Sé que quieres mi libro, pero eres pequeña para tenerlo, dañas las puntas de las hojas y no sabes leer bien todavía.

Yanira se desmotivó, sin entender por qué no era posible tenerlo. Quiso agredir a su hermano pero este la esquivó, se levantó y luego lo guardó en un lugar oculto de la vista de los demás.



Su madre no atendía los deseos y necesidades de Yanira; los suspiros eran el desfogue de esos sueños, no perdía la ilusión, cada día ella se acercaba a sus hermanos mayores con la esperanza de poder mirar, aunque fuera de lejos, el tan codiciado libro. Desde lejos observaba imágenes atractivas y encantadoras que inmediatamente despertaban en Yanira la imaginación de lugares y costumbres diferentes, hasta que terminaba enterneciéndose. En algunas ocasiones Yanira intentó coger el libro para leerlo a escondidas de sus hermanos mayores, pero por ser muchos los miembros de su familia, las oportunidades eran pocas, no había la oportunidad de leer ni una de sus páginas. Al finalizar el año lectivo, en tiempos de Navidad, Yanira solo deseaba, en vez de una muñeca, un libro; pero parecía un sueño casi imposible de hacer realidad. Lloraba y hablaba muy poco con sus compañeras, pues era rechazada por ser de una familia de escasos recursos económicos, por ello, ni siquiera

podía expresar esa ilusión por un libro que invadía su corazón; escasamente conversaba sobre los temas de las clases dictadas o pasadas al cuaderno, porque a nadie le interesaba lo que le faltaba.

Se acercó el fin del año y los deseos de Yanira se notaban a flor de piel. Llegó el día de la comida, todo era alegría, sus compañeros vestían ropa y zapatos nuevos, otras niñas lucían hermosos lazos en sus cabellos, mientras Yanira usaba las mismas zapatillas de clases que eran parte de su uniforme, un vestido cosido a mano por su madre y su cabello estaba recogido, como casi siempre, con un pedazo de elástico blanco. Al disimulo, se deleitaba viendo los lazos que lucían sus compañeras, lo hacía como si no sintiera ganas de tener uno de esos en su cabeza; en ocasiones su rostro fingía alegría, pero las otras sí reflejaban felicidad sincera. El ambiente era distinto al de clases, Yanira solo veía cómo conversaban entre ellos, los rostros mostraban sonrisas y los diálogos fluían entre sí. Pasado un buen rato, llegó el momento esperado, empezaron a repartir la comida: qué curioso recibir arroz colorado con pollo dentro de una fundita transparente que se debía romper en una de sus puntas y apretar para que el alimento saliera. Era fascinante saborear algo tan distinto a las comidas comunes, era evidente que en casa no hacían ese tipo de comida, aquello significó para Yanira una linda experiencia.

El baño de la escuela estaba en una bajadita de la parte trasera del aula y a Yanira le gustaba ir cuando las demás se dirigían hacia allá para el control de la puerta al momento de usarlo. Aunque no gozaba de la simpatía de sus compañeras, le preguntó a una de ellas:

— ¿Cuántas hojas le sobraron a tu cuaderno?

— ¿Qué te importa? —respondió esta con tono discriminatorio. Se notaba el trato de quienes, entre conversas, risas y sonrisas, disfrutaban el ambiente de fiesta.

Llegó el momento no deseado: la despedida entre compañeros. Pasarían tres meses de vacaciones sin verse, ya que por ser un sector rural las oportunidades de salir eran muy pocas. Algo que Yanira mantenía desde temprana edad era la fe, que su padre, especialmente, le inculcó con ejemplos. Luego de la fiesta, de vuelta a casa, se notaba la nostalgia que invadía los sentimientos de Yanira. Estaba alegre por sus vacaciones pero a la vez triste por el alejamiento de su ambiente de clases, donde, de una u otra manera, había un ambiente distinto al de su hogar.

La niña pensó que, una vez terminadas las clases, sus hermanos le cederían el libro, así que se detuvo delante de la puerta de su dormitorio y le dijo a uno de sus hermanos:

— ¿Me regalas el libro?

Y este le dijo:

— Es el único y debo cuidarlo para el próximo año.

Ella no insistió más y caminó hacia el patio. Mirando los árboles que se encontraban a su paso imaginaba y pensaba si algún día sería posible ser dueña de un libro; aunque las oportunidades eran pocas, la fe y las esperanzas aumentaban.

Pasados unos días de vacaciones, Yanira sintió ganas de ver y conversar con otras personas, por lo que decidió visitar a Jacobita, pero, ¡oh, sorpresa!, la señora Gladys, después de haber vivido un largo tiempo en ese lugar, estaba recogiendo sus cosas y armando sus maletas para irse a vivir a Machala. Para esto, Yanira pudo darse cuenta, la señora Gladys clasificaba algunas cosas para desechar. Esto la inquietó, así que regresó a contarle a su madre, quien, también sorprendida, pensó que mandaría a Yanira con otra hija específicamente a ver cómo se encontraba Jacobita. Esto pasó poco después de la partida de Gladys y, sin duda alguna, Jacobita estaba más sola que antes, su rostro lo decía todo. Yanira



regresó a casa caminando más lento que su hermana, quedándose muy atrás. De pronto, en la orilla del camino pudo divisar unas cosas viejas que seguramente eran las que la señora Gladys había dejado abandonadas antes de marcharse. Yanira se acercó y tuvo la valentía de tocar algunas de aquellas cosas, que aparentaban valer pero, por alguna razón, habían sido botadas por la señora Gladys. Es así que, entre aquel montón de cosas viejas e inservibles, Yanira encontró un libro. Era una biblia infantil en mal estado, en algunas partes sus hojas estaban devoradas por ratas, que habían tenido acceso a ellas y se habían llevado pedazos para hacer sus nidos con ellos. Aun así, para Yanira fue la gran oportunidad de su vida: tenía un libro, aunque sus páginas estuviesen incompletas. Ciertas historias se podían leer más que otras, pues no todas las hojas estaban tan afectadas. La página más impactante para Yanira fue la de la imagen de David y Goliat, se llevó una gran impresión e

inmediatamente empezó a leer el relato que acompañaba esa ilustración.

Este hecho significó un valioso hallazgo para Yanira. Era increíble, la acción de aquellos personajes que no dejaba de mirar en la página era un ejemplo de carácter, de valentía y, sobre todo, del poder que venía de Dios. Gracias a ello, David, aun siendo el más pequeño, pudo derrotar al gigante, quien demostraba ser mucho más fuerte que él. Al comprender totalmente el texto, Yanira se fortaleció en su fe y pensó que, sin importar su estatura, Dios podía darle las fuerzas y la sabiduría para derrotar a cualquier enemigo que la quisiera derrotar o sorprender. Sin duda alguna y con sentimientos de gratitud a la vida, y sobre todo a Dios, Yanira empezó a vivir de manera diferente sus momentos de ocio, porque ya tenía qué leer y, sin importar las páginas buenas o incompletas, se entretenía y deleitaba con las historias e ilustraciones.




FLOR DAYANA LARA
nació en Tena, Napo, en 2002. Estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Fiscomisional San José. Su actividad favorita es la lectura.

La evolución de mi mente

Me encontraba tan emocionada por mi primera presentación de teatro que ni yo misma me lo creía. Ensayaba mucho y esperaba con ansias aquel día. Faltaba poco para presentar la obra. Yo sobresalía realizando mi papel en la obra titulada *El agua*. Durante un ensayo, nos tomamos un receso para comer y descansar. Mis compañeros fueron a comprar algo y yo me quedé



a ver lo que mi profesor estaba organizando para la entrada de la siguiente escena. Me dijo que había notado un cambio en mi energía y me interrogó sobre qué criterio tenía acerca de la obra que estábamos ensayando.

Yo le dije que, además de reflejar la belleza profunda de la naturaleza, la pieza expresaba la importancia de la convivencia humana con ella, lo que había abierto mi mente y me había hecho reflexionar acerca de la ceguera en la que vivimos los seres humanos. En esos momentos me nació argumentar sobre algo que no se suele decir todos los días y que, sin embargo, es tan indispensable.

Provenimos de la naturaleza pero, a la vez, somos sus enemigos más grandes. Es esto lo que perturba nuestra mente, rodeándonos de intriga, porque somos capaces de dar la respuesta para un cambio evolutivo, pero qué pasa con el orgullo, con el temor al

cambio drástico de un ingenuo e ignorante pensamiento plástico, atormentado por la influencia social. Es esto lo que desgarra nuestro pensamiento y deja un profundo vacío en la respuesta sobre la destrucción masiva de la inocencia y la pureza del agua, aquella sustancia que nos permite vivir.

Mi profesor de teatro me felicitó diciéndome, con gran orgullo, que se sentía feliz y privilegiado al escuchar algo tan extraordinario de una alumna. Me sentí honrada. Esa tarde fui muy emocionada a mi casa y me puse a trabajar con mi rostro, tratando de mejorar mis expresiones. Después alisté mi ropa para el día siguiente, el que tanto había esperado. Quería descansar, pero mi mente estaba tan activa que no podía cerrar los ojos. Cuando me di cuenta era la 1h00, entonces me asusté y por fin me dormí.

Mi mamá me despertó una hora antes para la presentación y yo me alisté muy contenta. Estaba tan segura, tan feliz… como nunca. Fui a reunirme con mi grupo de teatro. Repasamos por última vez. Faltaban treinta minutos que para mí fueron una eternidad. Estaba muy ansiosa por realizar la presentación, hasta que por fin nos llamaron por el micrófono. Entonces llegó mi gran momento y lo di todo en el escenario. Recordé absolutamente todo lo que aprendí, con cada pequeño detalle adornado con hermosura y técnica. Al finalizar, mis compañeros y yo nos agarramos de las manos y todo el público aplaudió. Fue la mayor experiencia de mi vida.

LESLIE PARRA
estudia en la Unidad
Educativa Capitán
Edmundo Chiriboga.

¡Sí, yo fui la que se cayó!

Una vez, un día fuera de la rutina, ocurrió algo que corrobora que las cosas nunca salen como se planea. Recuerdo que el día de la inauguración de los juegos deportivos se nos pasó el dato de que solo tendríamos las primeras horas de clases, que eran prácticamente nada, así que planificamos ir a dar una vuelta por la avenida con unas amigas, pero esto no sucedió. Les contaré por qué.

Ese día vino nuestra tutora a elegir a los ocho "afortunados" estudiantes que desfilarían como representantes del curso en el evento. Al ver que nadie alzaba la mano, nos engañó con otra pregunta: "¿Quiénes saldrán a jugar básquet?". Dado el cambio de ofrecimiento, alcé mi mano y presioné a mi mejor amiga (Cinthya) para que saliera conmigo. Este era un nuevo curso, así que nadie sabía lo patosa que era para los deportes. Una vez escogidos todos, nos dijo que nosotros también seríamos los que desfilaríamos (debí haberlo visto venir). Esto truncó mis planes de sentarme en el graderío del estadio (lugar del evento), molestar y estar en charleta con mis amigos.

Mientras nos dirigíamos a la parte donde teníamos que formarnos los que desfilábamos, yo buscaba la forma de escapar para no hacer la foca[1], pero todos mis intentos fueron un fracaso, ya que siempre me topaba con la maestra o con un compañero que chismoseaba mis planes. Me di por vencida y me formé en la parte que correspondía a mi curso, un poco molesta pero animada al mismo tiempo. Un maestro de Cultura Física me dijo: "Si no quiere salir, no salga y punto". Dado que él no me agradaba mucho, decidí llevarle la contra y quedarme sin berrinches. Al ya estar desfilando al frente de las autoridades del colegio, de mis compañeros y de mis amigos, otro maestro se acercó a ver quién sería el federado y el que iba a correr en la tea olímpica. Nadie se ofreció, así que, ante la falta de voluntad, eligió él al representante. Imagino que mi estatura o alguno de mis rasgos le hicieron creer que yo era deportista (o talvez no tenía más opciones) y me eligió a mí. Yo acepté encantada, ya que en el grupo de los que iban a correr estaban algunos de los más populares del colegio. Fui e hice migas de inmediato, buscaba la forma de acercarme a ellos,

---

1 Estar en una situación embarazosa en la que se llama la atención y se es objeto de la burla o el desprecio de una o más personas.



la crema y nata del colegio. Fue mi sorpresa que, tras preguntarles, me respondían que eran deportistas de fútbol, básquet, taekwondo o jiu jitsu (disciplinas impresionantes). Pensaba que yo estaba mal en ese grupo. Yo no hacía ningún deporte, y menos esa clase de ejercicios tan forzados. Expresé mi duda al maestro a cargo y dijo que no pasaba nada, que solo había que trotar una vuelta al estadio. Eso me tranquilizó, pues una vuelta al trote no me parecía la gran cosa.

Al ir conversando con mis nuevas amigas, bromeaba diciendo: "Si me caigo, aunque sea me ruedan a un ladito". Se reían de mis chistes y yo me sentía aceptada y con suerte de estar ahí. Nos formamos para correr, yo estaba emocionada porque mis conocidos me iban a ver en el grupo de estudiantes deportistas y populares. Cuando escuchamos el grito "Ya", todos salimos corriendo. Entonces pensé: "Cuando acabe la vuelta de la tea

olímpica, voy a decir que no sé dónde están mis amigos y voy a irme con los populares, así voy a hacerme su amiga”. Mientras maquinaba mi plan en la mente, alcancé la franja de llegada. A mi derecha estaban mis amigos, el resto de estudiantes y las autoridades del colegio (maestros, inspectores y el rector), y a mi lado izquierdo estaban los representantes de los cursos, entre ellos mi mejor amiga y mi tutora. Justo en esa parte, ¡justo allí! sentí que las piernas no me daban más, que no me respondían, obviamente, dada mi inutilidad deportiva. Los pasos que daba se me hacían más cortos y más pesados cada vez, hasta que perdí el equilibrio y caí al piso; claro, sin dejar de proteger mi celular, que tenía en mis manos porque no había podido encargárselo a nadie. Me quedé ahí, arrodillada en el polvo y en las piedras, con las rodillas, las manos y el codo rasmillados y sangrando. La bulla que se oía en todo el colegio por las conversaciones se convirtió en silencio. Todos observaban a la chica que se cayó en la tea. Con la vergüenza de mi vida, solo pensaba en que ojalá nadie supiera que era yo. Intenté pararme y caminar hacia un lado para que no me vieran, pero no podía, me dolían muchísimo las rodillas. Era un dolor horrible.

No me movía del piso, ¡no podía caminar! Un hombre se acercó a mí y me levantó del suelo. Le agradezco muchísimo ya que, de no ser por él, talvez seguiría allí. No dije nada, me amarcó y se abrió paso entre los estudiantes hasta la enfermería. Al estar en sus brazos, lo primero que hice fue taparme la cara con el cabello. Al pasar escuchaba: “¿Qué le pasó?...”, “No sé, creo que se desmayó…”. Una vez en la enfermería llegó Cinthya y, como yo seguía con mi celular en la mano, le pedí que llamara a mis papás y que me comprara agua. Tenía ganas de reírme y de llorar. Me preguntaron qué me había pasado, dije que me caí pero también creyeron que me había desmayado. Expliqué lo que me había ocurrido y



la enfermera se me rio. Para hacer más amigos y distraerme de mi dolor, empecé a conversar y hacer bromas. En la parte de la sala de espera estaban mis amigos, viendo si seguía viva. Cuando llegó mi papi, creyendo lo peor, le expliqué lo que había pasado y él también se me rio. Subí al carro despidiéndome de mis amigos y mi papá, a mitad del camino entre el colegio y mi casa, me dijo: “Ya, ahora sí puedes llorar si quieres”. Le conté más detalladamente lo que había sucedido para que yo terminara corriendo, y cayendo. Mientras relataba mi historia, yo reía al mismo tiempo que salían lágrimas de mis ojos. Llegué a mi casa y le conté todo a mi mami; para mi sorpresa, ella también se rio, junto con mis abuelitos. Esto hizo que, finalmente, lo viera como una anécdota graciosa que contaré el resto de mi vida. Después, cuando pasó la adrenalina del momento, me dolía ¡todo! Sentía como si me hubieran dado una paliza.

Al día siguiente tenía clases, así que me vendé la pierna para no patojear. La ajusté bien, ya que creía que si me veían caminar así dirían: “Ella es la que se cayó”. Cuando llegué al colegio, en la formación todos se me acercaron a preguntar qué me había pasado. Les dije que me habían empujado; aunque fuera mentira así no quedaba tan mal. En el receso, de camino a toparme con mis amigos, me daba la impresión de que todos me veían. Cuando los encontré, uno de ellos se botó al piso como imitándome (yo me reí, ya que es preferible reírse de uno mismo) y otros decían que alguien debió haberme dicho que el suelo es pasar el año y por eso me boté a él. Cada que me cruzaba con mis amigos, uno de ellos se botaba al piso. Siendo honesta, sí era gracioso, ¡muy gracioso!

Al final de la jornada, a la salida del colegio, yo iba adolorida y uno de mis amigos, llamado Stalin, estaba con un chico, compañero suyo. En eso, me molestaron diciendo: “Cuidado… cuidado te caigas… tendránle… capaz que se nos cae…”. El chico que nos acompañaba preguntó por qué me decían así y Stalin le respondió: “Es que ella se cayó pues”. Su amigo me regresó a ver y, riéndose, dijo: “¡¿Ahh, tú fuiste la que se cayó en eso de la tea olímpica?!”, a lo que yo respondí, con una sonrisa en la boca y colorada: “¡Sí, yo fui la que se cayó!”.

PAULINA ESTEFANÍA CASTILLO
nació en El Ángel, Carchi, en 2000. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Libertad. Su actividad favorita es leer.

Las vivencias de Isabela

En un pueblito llamado La Libertad vivía una niña llamada Isabela. Habitaba en el barrio Santa Teresita, con sus padres, y era una niña feliz, a la que le gustaba estudiar mucho. En aquella época existían algunas escuelas, ella iba a la Dolores Sucre, donde pasó momentos inolvidables y únicos junto a sus compañeros.



Cierto día, Isabela se dirigió a su escuela, como todos los días. Su jornada empezó de forma normal pero de pronto empezó a llover muy fuerte y cayó granizo. En la clase no le dieron mucha importancia a esta situación porque creían que pronto cesaría la tormenta, por lo que continuaron con normalidad; sin embargo, de repente sucedió algo inesperado, el aula se empezó a inundar, el agua cubrió gran parte del salón, por lo que Isabela y sus compañeros, conjuntamente con su maestra, se desesperaron. En ese momento, todos cogieron sus mochilas apresuradamente y se subieron a los pupitres para evitar mojarse. Isabela lloraba del miedo y la angustia. La señorita intentaba calmar a los niños, pero era en vano. Pasaron varios minutos hasta que el agua descendió y así los estudiantes pudieron retirarse a sus hogares sanos y salvos. Isabela llegó asustada a su casa y le contó a su mamá lo que había sucedido.

Pasaron los días y los meses. Las clases transcurrían con normalidad, hasta que un día sucedió otro evento inesperado. Un enjambre de abejas invadió la escuela y atacó a los niños, incluyendo a Isabela. Todos corrían desesperados, buscando refugio, pero las abejas ya les habían proporcionado piquetes que les causaban mucho dolor. La escuela era un caos total. Pronto aparecieron los padres de cada alumno y, preocupados, se apresuraron a llevarlos al subcentro de salud.

Estas fueron algunas de las anécdotas que vivió Isabela junto a sus compañeros y que, sin duda, recordará siempre. Actualmente ella cursa el tercero de bachillerato y aspira a llegar muy lejos en su vida estudiantil.




ANTONY LEANDRO ORDOÑEZ
nació en Lago Agrio, Sucumbíos, en 2002. Estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Cascales. Su actividad favorita es jugar fútbol.

Tragedia del año 1980

Según la versión de la señora Telma Bastidas, una madre desconsolada por el trágico accidente ocurrido el 11 de julio de 1980 en la provincia de Napo, en la parroquia El Dorado de Cascales, los maestros y estudiantes de la Escuela Fiscal Mixta General Epiclachima, por la finalización del año lectivo 1979-1980, salieron de paseo a la comunidad Los Shyris, pasando el río Aguarico.



Los maestros salieron de la institución con ochenta estudiantes de segundo, tercero, cuarto y quinto grados, a las ocho de la mañana, sin contar con la autorización de los padres de familia, ya que en ese tiempo no era necesario solicitar el permiso respectivo. Al cruzar el río de ida todo marchó normalmente, porque les ayudaron a pasar los señores del Cuerpo de Ingenieros; pero al retornar a sus hogares, a las dos de la tarde, se encontraron en el río Aguarico solo con dos canoas y las dos personas indígenas que estaban a cargo de ellas.

Los encargados les informaron que en una canoa podían subirse once niños y en otra quince, pero los maestros, muy apresurados y confiados del caudaloso río, hicieron subir a los ochenta niños en las dos embarcaciones. A lo que empezaron a remar, a unos cinco metros de la orilla, la primera canoa se viró. Por la desesperación, los niños y las niñas se cogieron de la otra

canoa, que se encontraba detrás, así hicieron que esta se diera la vuelta y todos cayeron al agua. Algunos niños y niñas salieron por sí solos; por ese lugar se encontraban unos pescadores, que fueron a tratar de ayudar; pero otros no pudieron salvar sus vidas y un total de diecisiete estudiantes se ahogaron aquel instante, después de haber disfrutado con normalidad de casi todo el día.

Los niños que fallecieron eran de apellido: Ortiz, Gaete, Pinos, García, Naveda, López y Peñafiel, y las niñas: Ordóñez, Peña, Albán, Bonilla, Ruiz, Calahorrano, Sarmiento, Cruz y Rodríguez.

Después avisaron a los padres de familia del atroz suceso y estos se alzaron en voz de protesta por llevarse a los niños sin autorización. Los niños y las niñas que se salvaron fueron llevados al subcentro de salud para que los revisara el médico antes de volver con sus padres. Algunos niños fueron encontrados a los tres días y otros a los quince, después del trágico accidente suscitado por fin del año lectivo.



Los padres de familia y el pueblo en general estaban molestos y querían hacer justicia con sus propias manos, pero los docentes estaban resguardados por los militares. Los profesores salieron de la escuela General Epiclachima sin ser sancionados y, según versiones de los padres de los estudiantes fallecidos, se encontraban laborando en otras ciudades sin ningún problema.

Tiempo después, el gobernador de la provincia de Napo de ese entonces visitó la parroquia El Dorado de Cascales para llegar a una solución, pues los padres y madres de familia continuaban realizando protestas para que los maestros fueran sancionados. Lo que se resolvió, finalmente, fue el acuerdo de crear una ley para que los maestros no puedan sacar a los estudiantes de las instituciones sin tener el permiso respectivo firmado por los padres y madres de familia.

En la actualidad hay estudiantes que siguen contando sus propias historias sobre un hecho tan lamentable como el de los niños y niñas ahogados en el río Aguarico por la irresponsabilidad de los docentes de ese tiempo.




MARJORIE ISABEL CAIZA
nació en Quito, Pichincha, en 2000. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa William Blake. Su actividad favorita es leer.

Una aventura congelante

En un momento cotidiano de mi vida, después del entrenamiento, se nos comunicó que íbamos a realizar un viaje al volcán Cotopaxi. Todo el grupo estaba emocionado, ya que realizaríamos el periplo al siguiente día. Además del grupo de entrenamiento, a mí me iban a acompañar mis primos.



La hora establecida para reunirnos fue las 6h00. Por treinta minutos, el bus que nos llevaba fue recogiendo a las personas que vivían en zonas distintas a la del encuentro. Todos estábamos muy entusiasmados y con hambre de aventura, aunque no conocíamos el lugar de nuestro destino ni lo que este nos preparaba.

Al llegar al Parque Nacional Cotopaxi, la temperatura comenzó a descender. Bajamos del bus y nos propusimos el objetivo de llegar al primer refugio, además de tomar fotos, beber un delicioso chocolate caliente y jugar con la nieve.

Pues, ese objetivo lo conseguimos. Al salir del refugio y comenzar a bajar, el clima se puso diferente: nevó y tuvimos que apresurarnos para llegar al vehículo. Cuando estuvimos dentro, a pesar de que había dejado de nevar, el motor del autobús no arrancó a causa del frío.

Entonces se nos explicó que debíamos bajar a las lagunas, pero caminando, y nos contaron que la más grande se llamaba Limpiopungo. Después de andar unas horas, el tiempo mejoró y, en compañía de mis primos, el cansancio fue más llevadero.

En cuanto aparecieron las lagunas, corrimos para buscar un lugar donde preparar los alimentos que habíamos llevado. Luego de comer, jugamos un poco de fútbol y, para el atardecer, nuestros padres habían traído una camioneta para nuestro regreso.

Llegamos al centro de Machachi como a las 21h00. Al final mis primos se fueron con mi padre, y yo, a casa a descansar.

JOSÉ FERMÍN VILLARREAL
nació en San Gabriel, Carchi, en 1958. Trabaja en la Unidad Educativa Jorge Martínez Acosta. Su actividad favorita es compartir la enseñanza de Física y Matemática.

Un recuerdo inolvidable de estudiante

Sin lugar a dudas, la mejor época de toda persona es la de estudiante de secundaria, ya que las experiencias, ocurrencias e historias de esta etapa de nuestras vidas son las que priman.



La siguiente anécdota la viví cuando era estudiante de primer año de Bachillerato. Estaba en el Colegio Técnico Agropecuario Jorge Martínez Acosta, en la especialidad Agropecuaria, en la asignatura Maquinaria Agrícola, dictada por el agrónomo Modesto Trejo. Él era un maestro excelente, con mucha práctica en el manejo y mantenimiento del tractor y nos contaba que había hecho muchos cursos, especialmente en el exterior, en Ipiales. Los dieciséis compañeros de este curso sabíamos respetar y valorar las enseñanzas de nuestro profesor, porque nuestra ilusión era dominar la teoría, el manejo y el funcionamiento del tractor, para luego practicar en este tipo de maquinaria.

Un día lunes, el agrónomo Modesto Trejo llegó a la clase ofuscado, enojado, molesto y, sin ninguna planificación, nos dijo que nos tomaría una lección. Planteó la siguiente pregunta: “Contesten, ¿qué se hace para prender el tractor?”. Como todos teníamos que

contestar, fuimos explicando a nuestro distinguido maestro, con lujo de detalles, todo lo que él nos había enseñado: revisión de aceite, agua, batería, que los neumáticos estén con la presión del aire, etc. Cuál fue la sorpresa que, al momento de calificarnos, nos dijo que todas esas respuestas estaban mal y que nuestra calificación sería de cero sobre veinte. Todos estábamos sorprendidos, ya que según nosotros las respuestas estaban de acuerdo a las enseñanzas de tan distinguido docente. Con miedo y respeto, nos arriesgamos a preguntarle el porqué de esa calificación, pues evidenciábamos, con el cuaderno de materia que él mismo nos había dictado, que nuestras respuestas estaban bien. Con un tono de voz fuerte y enojado nos contestó: "¿Que no entienden? Para prender el tractor primero tienen que observar si ha amanecido o no en el garaje". En lo tensos que estábamos, a todos nos vino una risa nerviosa contagiosa que no pudimos evitar.

Luego supimos que los estudiantes internos se habían sacado el tractor para irse a pasear en unas festividades de la parroquia de Chitán de Navarretes; por mala suerte, esta maquinaria se les había dañado y, por consiguiente, el tractor no estaba en el colegio.

Conforme fue pasando el tiempo, a fin de tranquilizar a nuestro profesor, le dijimos que le dábamos la razón de su enojo, por lo que había sucedido, pero, asimismo, le pedimos que reviera nuestra calificación, ya que nosotros no teníamos la culpa de lo sucedido y habíamos contestado de acuerdo a la teoría que él nos había enseñado.

Al final de la clase nos dijo que iba a considerar la calificación y que nos tomaría una lección escrita la próxima sesión. Esta es una de las anécdotas que todos los compañeros nos acordamos cuando tenemos la oportunidad de encontrarnos.




BRAYAN ARROBA
nació en Francisco de Orellana, Orellana, en 2001. Estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Presidente Tamayo. Su actividad favorita es dibujar.

Hace dos años

Me encontraba teniendo clases de Matemáticas, aprendiendo todo sobre fracciones y hablando con amigos sobre qué juegos y qué música nos gusta, lo típico; cuando, de pronto, llegó el vicerrector a decirnos que en unos pocos minutos tendríamos que salir del curso porque haríamos un simulacro. Muchos de nosotros estábamos ansiosos por saber qué clase de simulacro sería. El vicerrector se fue y la clase continuó normalmente, hasta que pudimos escuchar cómo la alarma empezaba a sonar, fueron tres veces seguidas, dándonos a entender que ya debíamos salir.



El tutor del curso llegó a indicarnos que debíamos salir de forma ordenada, haciendo una fila de mujeres y una de hombres. Justo cuando estaba por salir, alguien me pidió que le volviera a mostrar un viejo truco de elasticidad que sé hacer con mis dedos, que consiste en doblarlos casi por completo hacia atrás. Muchas personas me vieron cuando lo hice y me empezaron a preguntar si es que sabía hacer otras cosas con mi flexibilidad, y desde luego me sabía muchas más, pero les dije que las mostraría en el patio, porque ya era hora de bajar. Por supuesto, dijeron que sí y, mientras bajábamos, muchos me preguntaban cómo supe que podía hacer eso, si dolía y a qué edad lo había hecho por primera vez. Yo no sabía cómo responder, solo lo hacía porque me sentía cómodo.

Cuando llegamos al patio empezaron a insistir en que les mostrara, lo primero que tenía que hacer era arremangarme para luego hacer un tipo de supresión de mi hombro, como si este fuera

absorbido. Unos pocos no quisieron ver, creo que porque les daba cosas. Les dije que podían tocar, que no pasaba nada; algunos se atrevieron y cuando lo hacían mi hombro parecía… como de gelatina, quizás.

Para el siguiente truco tenía que sacarme la camiseta para mostrarles cómo sacaba “mi ala”. Para hacerlo tenía que estirar mi brazo y, al mismo tiempo, empujarlo hacia atrás, entonces la parte trasera de mi espalda empezaba a salir, se podía notar demasiado cómo sobresalía de mi espalda y, así como antes, les dije que podían tocar; lo que avanzaban a percibir era el hueso.

¿El otro truco? Este era el más sencillo, se trataba de mostrar un hueso de mi costilla derecha. Creo que a eso le llaman “costilla flotante”, o algo así…

Y para finalizar con algo bueno puse mis piernas atrás de mi cuello. Para hacerlo, me senté y recogí mis piernas, una por una. Todos se asustaron al verme así, pero les dije que no pasaba nada, así que me querían usar como ejemplo sobre qué es lo que pasaría en un desastre natural.




JEAN PIERRE LUGO
nació en Guayaquil-Guasmo, Guayas, en 2002. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Ciudad de Ibarra. Su actividad favorita es jugar fútbol.

Mi mejor amigo

Cuando yo tenía diez años, en la escuela no tenía muchos amigos, todos los recreos salía solo. Así pasó por mucho tiempo, hasta que llegó un chico nuevo, su nombre era Wilson. Él y yo empezamos a juntarnos y nos fuimos haciendo buenos amigos. En los recreos ya no salía solo, sino con él, y nos divertíamos mucho: jugábamos, corríamos y así… Él vivía por la laguna Yahuarcocha, muy lejos, así que era muy difícil para mí irlo a visitar en las tardes para jugar, por esa razón solo nos veíamos en la escuela.



Un día Wilson no vino a clases, pero no me preocupé. Tampoco vino al día siguiente, pero no le di tanta importancia. Al tercer día vino la mamá de Wilson, con su hermana y su papá; ella estaba llorando así que ya me preocupé un poco. La licenciada nos dijo que apoyáramos a la familia de nuestro compañero, porque Wilson había fallecido el día anterior.

Yo no lo podía creer. Sin pensarlo dos veces, di todo lo que tenía en mi bolsillo y, llorando, le pregunté a la mamá de Wilson: "¿Qué le pasó? ¿Cómo le pasó?", a lo que ella me respondió: "El último día que Wilson vino a clases, llegando a la casa se bajó mal del bus y se golpeó la cabeza. Al otro día le dolía mucho y lo llevé al doctor, pero él no me había dicho lo que le pasó. Pensé que era un simple dolor de cabeza pero en el hospital le diagnosticaron un tumor en el cerebro y lo hospitalizaron de urgencia. Se puso muy

mal y estuvo así por dos días, hasta que no aguantó más". La madre de Wilson se fue llorando.

Al otro día, la hermana me pidió que fuera al velorio y yo, con mucho gusto, le contesté que sí; me dijo que nos viéramos en la escuela. Al otro día fuimos con todos los chicos del curso y estuvimos ahí casi todo el día. Yo lloré mucho, porque él fue una de las personas que más me dio su apoyo, su amistad y toda su comprensión, y por esa razón lo consideré mi mejor amigo.




JAVIER TAIPE
nació en Archidona, Napo, en 1976. Trabaja en la Unidad Educativa Archidona. Su actividad favorita es trabajar con la niñez y la juventud.

Mi escuelita

En una naciente ciudad que empieza a echar raíces en la enmarañada selva abundan los animales raros y la vegetación extraña. La rodea un hermoso río que juega alegremente a esquivar la civilización que se va concentrando en sus alrededores. Se encuentra bajo la atenta mirada del majestuoso volcán Sumaco, que todos los días se despierta con el canto alegre de las aves de diversos colores que sienten el abrigo del astro rey o se esconden cuando la mañana está lluviosa. Los árboles de laurel y de chonta, donde se concentra la vida, hacen aún más hermoso el amanecer.



Ante las primeras luces que destellan se siente el caminar apresurado de los niños estudiantes que van entonando las canciones aprendidas en el aula de una escuelita: “Los pollitos dicen pío, pío, pío, cuando tienen hambre, cuando tienen frío…”, “Sol, solecito, caliéntame un poquito…”. Carlos, Irene y Marco forman parte de ese desfile improvisado. Van paso a paso por las calles polvorientas de la ciudad, que aún no termina de despertar. No hay más que el típico comprador de productos de la zona, que recibe con beneplácito el café, el cacao y el maíz.

El día amaneció lluvioso. Nuestro andar se vuelve rápido para guarecernos de la pertinaz lluvia. Pedimos al papá de Irene que nos preste algo para “taparnos”. Mi amigo Marco se pone en los hombros una funda plástica, con la cual nos cubrimos los dos. Irene ha tenido mejor suerte, su mamá le presta una sombrilla y lleva abrigo. Mis demás compañeros se cubren con hojas de plátano, pero con

esa hermosa inocencia, que es única e irrepetible, que lo permite todo, optamos por hacer barquitos y utilizar como toboganes las pendientes de las calles maltrechas.

En eso aparece don José, un hombre cincuentón y solterón que siempre madruga para recoger las vísceras de los animales despostados en un local que parece camal. Con su cuerpo cansado de tanto trajinar por la vida, se ha convertido en nuestro "abuelito", siempre nos acolita para las golosinas, pero las calificaciones deben ser sobresalientes. Nos hace gestos para que nos vayamos rápido a clases. El sonido de la campana de la iglesia nos pone en alerta. Presurosos, dejamos nuestros juegos. En la formación está todo en orden: el peinado, el pañuelo, la peinilla, el himno nacional.

Pero como las malas noticias suceden siempre, comunican que la señorita Fany no asistirá a trabajar porque está enferma. Se siente un ambiente extraño, no está la persona que representa la imagen bondadosa de la madre, la amiga que, con ternura, enseña alegres canciones, los números y las vocales. Despierta la curiosidad por conocer qué sucedió. Después de un momento ingresa la directora para avisar que "ahora tendrán un nuevo profesor, quien se hará cargo de la educación de estos niños malcriados".

Las horas no pasan alegres. Se vuelven pesadas. El ánimo de Carlos, Irene y Marco se siente como la penumbra en el cielo cuando quiere llover, con descargas eléctricas.

En el recreo buscamos incansablemente a nuestra señorita, pero es inútil. Nos refugiamos en los juegos, como el gato pri, el trompo, la rayuela, las bolas y el florón.

***

Ese día se sintió la autoridad del nuevo profe. Marco no hizo caso, se portó "rebelde", "malcriado", por lo cual recibió un castigo. Ese fue el inicio y el fin. Nuestro amigo de travesuras no volvió a

mi escuela. Decidió regresar al campo para jugar con los animales "salvajes". Un día lo vi aprendiendo a contar con piedras, contaba los pájaros en el firmamento.

Una vez me enteré, en una conversación de mayores, que el nuevo profe siempre le pegaba a Marco por "malcriado", y por eso sus padres le habían retirado de la escuela. Cuando el "abuelito" don José se enteró de lo acontecido, armado de valor, increpó a los padres de mi amigo para que volviera a mi escuelita.

La semana siguiente, el día lunes, en formación, me llevé una sorpresa cuando vi a mi amigo con su mochila y su uniforme. Fue tal la alegría que nos pasamos todo el recreo jugando a la pelota. Irene no dejaba de saltar el gato pri. Fue el mejor regalo que tuve ese año. Los días volvieron a ser los mejores, mi amigo había vuelto y luego volvió también mi señorita.

KARINA MERCEDES ESCOBAR trabaja en la Unidad Educativa Leopoldo Mercado.

Mi época estudiantil

Cuando tenía entre ocho y doce años, mi época de primaria la viví junto a mi hermana mayor; la diferencia de edad entre las dos es de un año, por lo que siempre estábamos juntas; íbamos a la escuela juntas y regresábamos igual. Mi padre trabajaba en un bus que tiene hasta la actualidad y mi madre también trabajaba ciertos días, por lo que nosotras teníamos que realizar solas nuestras tareas y a veces las tareas de la casa. En esa época vivíamos en la casa de mis abuelitos, quienes, por cierto, eran muy buenos y siempre estaban pendientes de nosotros; nos cuidaban,



nos llevaban adonde fueran, nos daban regalos en Navidad, nos llevaban de paseo y muchas actividades más.

Terminé la primaria en la escuela José Mejía Lequerica, que se encuentra ubicada en Machachi. Cuando tenía doce años fui a Quito, al Colegio Nacional Experimental Amazonas, donde aprendí muchas cosas, conocí a profesores que hasta la fecha recuerdo por sus enseñanzas, y también fue en esta época cuando aprendí a viajar sola, ya que antes no conocía Quito. Mi madre me indicaba dónde tomar el bus de regreso a casa, yo salía del colegio a las 18h20, esperaba a alguna amiga que viviese al Sur de Quito para que me acompañara hasta la Villaflora y llegaba a mi hogar a las 20h00. Mis padres me esperaban para merendar y siempre me preguntaban cómo me había ido, qué había hecho durante la tarde y, en tiempo de exámenes, siempre querían saber mis notas; si tenía menos de catorce, mi padre me daba de coscachos en la

cabeza y me decía que debería darme vergüenza tener esas notas y que me pusiera a estudiar para mejorar.

Recuerdo que, cuando estaba en primer o segundo curso, un día hubo manifestaciones estudiantiles en el colegio, en las cuales participaban los chicos de la jornada matutina, por lo que se interrumpieron las clases y nos mandaron a la casa. Los policías contrarrestaban a los manifestantes lanzando bombas de gas, así que todos tuvimos que salir corriendo a resguardarnos. Recuerdo que mojé un paño, me tapé la nariz y me acosté sobre el césped. Por la entrada principal del colegio era imposible salir, estaba llena de estudiantes y policías. Algunos alumnos salían por la parte posterior, que daba a la Concha Acústica, pero para esto había que subir un tapial. Me arriesgué a salir por ahí, fue complicado y resulta que, cuando logré salir, se habían terminado las manifestaciones. Esta experiencia fue muy trágica porque pude percibir y sentir los gases que utilizan los policías, y cómo estos causan ardor en las fosas nasales, la garganta, los ojos y la piel.

En cuanto a los profesores, eran bastante exigentes. Recuerdo que el licenciado de Matemáticas de tercer curso, siempre que sacábamos una nota menor a catorce, nos daba un correazo hasta que lleváramos a nuestro representante.

Fue durante este año que me retiré del colegio y para cuarto curso mis padres me enviaron a la institución donde estaba mi hermana, la Unidad Educativa Darío Figueroa Larco, en Sangolquí. A mí no me gustó mucho el ambiente de este colegio, porque mis compañeros eran un tanto especiales, aparentemente, pero en realidad no lo eran, y esa actitud fue a la que no me acoplé, por lo que le pedí a mi papá que me regresara a Quito. Así, otra vez regresé a mi colegio.

Allí formamos un grupo de amigos, éramos muy unidos y solíamos divertirnos mucho con nuestras ocurrencias; a veces

nos peleábamos con los chicos de otros cursos y hasta con otros colegios, cuando había que apoyar al nuestro; les hacíamos travesuras a los licenciados, por lo que nos castigaban o nos reportaban con el inspector; de vez en cuando no acatábamos ordenes; pero no éramos malos estudiantes ni vagos.

La época del colegio ha sido la que más me ha gustado, porque conocí y aprendí muchas cosas, no siempre buenas. Ahora puedo decir que nosotros somos quienes decidimos cómo vivir nuestra vida.





RICARDO ASSEF
nació en Milagro, Guayas, en 1970. Actualmente es comerciante. Su hija Tatiana Assef estudia en la Unidad Educativa Ambato.

Batalla campal

Era una mañana de octubre de 1985, en el país gobernaba el Ing. León Febres Cordero y se vivía una época de manifestaciones. Yo tenía quince años y, como todos los días, me dirigí al colegio. Estábamos en la formación y esperábamos para entrar a clases, pero la presidenta del Consejo Estudiantil estaba haciendo gestiones para que nos dejaran salir a protestar, como era común en esa época. El rector se negaba a dar el permiso y nosotros continuábamos formados.

Estudiaba en el colegio Velasco Ibarra de la ciudad de Milagro, ubicado en la Av. Chirijos; diagonal a este, en la vereda del frente, quedaban las instalaciones del destacamento de la Comisión de Tránsito del Guayas (hoy del Ecuador). Los agentes de la Comisión habían pedido refuerzo a la Policía Nacional aduciendo que se iba a producir una gran manifestación.

En un momento inesperado nos comenzaron a llover bombas lacrimógenas, dentro de las instalaciones del colegio. Se armó un corre corre incontrolable, en busca de agua y para hacer humo para contrarrestar los efectos de las mismas. Una de esas bombas cayó dentro de la oficina del rector que, con un pañuelo en la cara, salió y dio la orden de que abrieran las puertas y dejaran salir a los estudiantes. El colegio era grande y tenía puerta atrás y a los lados, así que optamos por salir por una puerta lateral.

Ya en la calle, mientras enfrentábamos a los uniformados con piedras, logramos divisar que por el otro lado se acercaban los estudiantes del colegio Técnico Milagro, rival de tradición en la ciudad, pero en esta ocasión venían a apoyarnos. Si los uniformados atacaban a un colegio por un lado, el otro se acercaba por el contrario, y viceversa; hasta que llegó un momento en que quedaron acorralados y tuvieron que salir huyendo por los patios de la Comisión. La algarabía del momento y la juventud nos hicieron cometer locuras que los dirigentes no pudieron controlar.

Entramos a las instalaciones de la Comisión y se llevaron a cabo actos de vandalismo: se liberó a los presos —que por cierto solo eran choferes—, se quemó un Trooper y una motocicleta, luego se prendió fuego a las oficinas —lo cual produjo un incendio—, y posteriormente salimos para el centro de la ciudad. En el trayecto quedaba el colegio de señoritas Otto Arosemena, el cual también se unió a la marcha, que ya había dejado de ser pacífica; también se unió el colegio Alborada.



En el centro, la Policía se hizo presente y se produjo una guerra campal. Ellos venían enfrentando a los estudiantes del colegio Anda Aguirre, que también se dirigían al centro y que al final también se unieron a nosotros. Fue algo indescriptible, veía a los estudiantes enfrentándose a los policías con piedras, bombas molotov e incluso con sus mismas bombas lacrimógenas. Entonces apareció el *trucutrú* —un carro bomba que disparaba chorros de agua— y los buses que circulaban se utilizaron para apresar a los estudiantes.

Cansados de tanto correr, con mi mejor amigo —que era del colegio Técnico y se llamaba Pedro— estábamos sentados en el parterre del puente de la Av. 17 de Septiembre, cerca del Parque Central, cuando vimos que un bus con policías se acercaba, de frente, por la calle Juan Montalvo. Le dije a mi amigo:

—Pedro, párate que viene la Policía.



—No, se va de largo —respondió él.

Pero vi que definitivamente viraba para la avenida.

—¡Pedro, párate! —exclamé, y emprendimos una carrera al otro lado del puente.

La Policía venía atrás de nosotros.

—Vamos por el Malecón —añadí, pensando que se iban a ir de largo.

Entonces vimos que seguían a otra de nosotros. Éramos muchos estudiantes que queríamos escapar. Me adelanté, le veía al Pedro que no avanzaba a correr pero no podía detenerme.

—¡Vamos al río! —le grité, pero un rato después ya no lo vi.

Bajé al río, desde donde veía a algunos compañeros que, al otro lado, nos gritaban que nos lanzáramos, pero antes de conseguirlo caí en un tiradero de viruta y tamo y me hundí en él hasta que pasara la Policía.

Cuando salí del tamo, me llevé una sorpresa al ver salir al Pedro también, enlodado. Nos pegamos una carcajada increíble,

la adrenalina se nos había subido y queríamos seguir en la huelga. Regresamos al puente y vimos hacia el centro de la ciudad, parecía un campo de batalla: todos los locales cerrados, gente con palos tratando de defenderse, humo por doquier y fogatas prendidas para apalear los efectos de las bombas lacrimógenas.

La Policía continuaba persiguiéndonos y lanzando chorros de agua, no respetaban a nadie. Entonces nos dimos cuenta de que no podíamos cruzar al otro lado sin que la Policía nos atrapara, aunque allá era donde vivíamos y ya era la una de la tarde.

Los estudiantes universitarios comenzaron a salir y prosiguieron con las protestas. En esa época Milagro aún no tenía universidad, solo una extensión de la de Guayaquil que funcionaba en la tarde.

Ya cansados y sin atinar cómo regresar a casa seguíamos sentados en el puente hasta que logramos divisar a la mamá del Pedro, quien había salido a buscarle. Rápidamente nos acercamos a ella y, después del respectivo sermón, al fin pudimos volver.

Las protestas continuaron en la noche, incluso con mayor intensidad, a cargo de los estudiantes de los colegios nocturnos Chirijos y 17 de Septiembre. La mala noticia de ese momento fue que un estudiante del colegio 17 de Septiembre resultó muerto. Decían que a manos de los militares que habían salido a ayudar a contrarrestar las manifestaciones. Mucho se especuló sobre el tema. Otros decían que el ministro de Gobierno de ese entonces había ordenado disparar a mansalva. Con la misma sangre del estudiante caído, sus compañeros escribieron en la pared de aquella esquina: "Otra obra de León", eslogan que utilizaba el Gobierno. Si mal no recuerdo, el estudiante muerto se llamaba Johnny León.

Al siguiente día volvimos al colegio. Yo vivía con una tía, pues no tenía mamá y mi padre trabajaba todo el día, así que prácticamente

no tenía quién me controlara, por eso decidí volver. Recuerdo que mi tía me dijo que si no había clases regresara enseguida, a lo que mi tío refutó:

—En cuanto termine la huelga, rápido vendrás a la casa. —Eran adorables.

El colegio estaba cerrado y militarizado por los acontecimientos del día anterior, así que nos reunimos con los dirigentes y otra vez salimos a protestar. Esta vez se pedía la liberación de los compañeros detenidos. Nuevamente se armó un caos en el centro de la ciudad. Una vez más nos topamos con el Pedro y constatamos dónde había caído el estudiante. Era una esquina frente al colegio Velasco Ibarra. Dedujimos que sí podían haber sido los militares. Con pañuelos mojados en la cara, fuimos de nuevo a la huelga. De repente asomó el *trucutrú* y unos compañeros le lanzaron una bomba molotov. Para suerte de ellos tenían la ventana cerrada, ya que, tras el impacto, enseguida se prendió fuego. Rápidamente se bajaron al río. Al ver lo acontecido ya me puse nervioso, así que optamos por regresar a casa.

En la tarde salieron nuevamente los universitarios. Se decía que incluso llegaban estudiantes de Guayaquil a apoyar la manifestación, pero en realidad eran milagreños que estudiaban en Guayaquil y protestaban acá. Esa trágica tarde mataron a uno de ellos. Las manifestaciones se tornaron tan violentas que la ciudad tuvo que ser patrullada por militares. Todos culpaban al Gobierno Nacional y en especial al ministro de Gobierno. Nunca supe si esos crímenes fueron aclarados.

Al día siguiente mis tíos no me dejaron ir al colegio, se había vuelto muy peligroso, ya no era una protesta pacífica de ningún modo. Al Pedro tampoco lo dejaron ir, pero las protestas continuaron. En la tarde fue el sepelio de los estudiantes, al que acudió una gran cantidad de gente. Se lanzaron cohetes y los

compañeros corearon cánticos. La Policía fue un mero espectador, talvez por miedo a generar otra matanza, que gracias a Dios no ocurrió.

Tenía 15 años y talvez no entendía lo que estaba ocurriendo, solo sé que entre compañeros nos preguntábamos “¿Por qué?” y divisábamos un horizonte lleno de esperanzas.

EMANUEL VILEMA
nació en Durán, Guayas, en 1999. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Ciudad de Ibarra. Su actividad favorita es jugar fútbol.

¿Por qué vine a hacer mi vida en Ibarra?

Esta historia es muy personal. Es sobre lo que pasó en mi vida y de por qué vine a establecerme en la ciudad de Ibarra. Fue un hecho real que sucedió en Guayaquil, en la escuela. Había una



persona, muy especial para mí, que me ayudaba y me aconsejaba si cometía errores.

Un día llegó un compañero y me dijo que tenía un arma. En la entrada de la escuela, mi amigo “fronteaba” a las personas con esa arma. Después entramos a clases y él tenía el arma entre las piernas, pero me dijo que ya no podía sostenerla, porque ya le dolía, y me la encargó. Mi error fue cogerla, porque, entre las personas que estuvieron en la entrada, hubo un chico que avisó a las autoridades de la institución. Después hicieron una requisa y yo mismo dije que tenía el arma, porque mi “compañero” se fue de la escuela cuando supo lo que pasaba. De todas formas lo cogieron, y a mí también, y llamaron a la Policía.

Los policías nos hicieron preguntas, que por qué teníamos esa arma. Las personas que me conocían dijeron que era un buen chico y de buenos modales. La institución nos ayudó para no ir a la

cárcel, porque tener una pistola es un delito. Después se enteró mi madre, cuando la vi sentí mucho dolor en mi corazón y en mi alma por tener malas amistades. La escuela también me ayudó a hacer servicio en la institución para compensar mi error. Y la persona tan especial de la que les hablé lloró delante de mí por la falta que cometí.

Por eso me establecí en Ibarra. Vine adonde mis tíos, quienes me ayudaron a enfrentar mis errores. Siempre he dicho que nos podemos equivocar mucho en la vida, pero los errores se cometen una sola vez. Esto nos ayuda a reconocer y aprender, para no volver a hacerlo.

Esta fue mi historia. Estoy agradecido con la ciudad y las personas que me ayudaron a cambiar mi vida, y con Dios. Ahora doy el mensaje de que hay buenas y malas amistades, y solo tú debes aprender a escogerlas.




INÉS SOFÍA QUIROZ
nació en Cotacachi-Imantag, Imbabura, en 2000. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa del Milenio Sumak Yachana Wasi. Su actividad favorita es leer.

El indígena imanteño

Esta es la historia del trágico destino de los que, desobedeciendo a sus padres, iban a estudiar y de los que, sumisamente, aceptaban que su propósito y objetivo era solo mantenerse en la tierra donde nacieron.

María y Rosa tenían seis años. Ambas nacieron en Imantag, donde crecieron ayudando a sus padres en las actividades de



la casa y las actividades agrícolas, pero las dos, y también sus padres, sabían que ese era el año que las niñas debían ingresar a la escuela. Rosa no tenía madre, pues murió cuando ella nació, y desde entonces fue criada por su padre y abuela, pero este no quería lo suficiente a su hija como para ser responsable con ella. Él trabajaba en la molienda de caña y todos los días, luego de su trabajo, iba a la cantina de la señora Concha, que está ubicada a una cuadra del parque de Imantag. Llegaba a la casa de noche, muy borracho, y lo que le sobraba del dinero de su trabajo se lo daba a su madre para los gastos de la casa. A él le daba igual si su hija estudiaba o no, todo lo dejaba en manos de la abuela, pero él decía que esa decisión la debía tomar Rosa.

Los padres de María, dejándose influenciar por los demás indígenas imanteños, decidieron que su hija no debía estudiar, pues todos pensaban que al momento de culminar la escuela había

una maldición. Esto se debía a que hubo dos casos, de un par de niños que terminaron sus años de estudio en la escuela de Imantag (Pedro Fermín Cevallos) y posteriormente desaparecieron, y siete años más tarde también desaparecieron sus padres. Los pobladores recordaban que las familias solían decir que el señor Gavilán se los iba a llevar, y para ellos esto significaba que si un estudiante cumplía los años de estudio, habría un castigo, tanto para el estudiante como para los padres. Desde entonces tuvieron miedo de mandar a los niños a la escuela, y los pocos que iban se retiraban un año antes de culminar y se dedicaban a las labores agrícolas junto con sus padres.

Los niños solían madrugar diariamente a la Loma Negra, que se encuentra en la comunidad de Morlán, a pastar a las vacas y a las ovejas, y a traer leña para cocinar en la tarde. Un día, entre las montañas y la espesa flora, las niñas se encontraron y empezaron conversar sobre la escuela. Rosa le comentó a María que ella sí deseaba estudiar, a pesar de que no contaba con el apoyo de su padre, pero también dijo que tenía miedo de lo que la gente decía.

María le contó a Rosa que ella también quería ir a la escuela con todas sus fuerzas y que no creía en lo que decían las personas. Ella tenía curiosidad de saber qué pasaba si seguía estudiando y no se sentía muy animada de quedarse el resto de su vida haciendo labores domésticas. Pero también le contó que sus padres no estaban de acuerdo y pensaban que la escuela era una pérdida de tiempo que solo les alejaría de su hija.

Los días siguientes, la gente empezó a murmurar que las matrículas de la escuela Pedro Fermín Cevallos estaban abiertas y que los profesores iban de casa en casa buscando a niños que quisieran estudiar. Esto fue una alerta para los padres, entre todos se aconsejaban que debían esconder a sus hijos, si no los profesores los llevarían por el camino hacia el señor Gavilán.

Estas noticias llegaron a los oídos de Rosa y María, quienes, muy emocionadas, esperaban el día en que los profesores llegaran al sector donde vivían (Tejapamba). Un día lunes se percataron de que los docentes estaban a unas siete casas de las suyas. Esto no significó nada para el padre de Rosa pero para los padres de María esto quería decir que su hija estaba en peligro. Llegada la noche, María escuchó la conversación de sus padres: ellos decidieron que la niña debía partir a las montañas más temprano de lo normal y, además, le encargarían muchos trabajos para mantenerla ocupada. Para los padres de María esa era la solución, pero para ella no, así que pasó toda la noche pensando en una idea para poder encontrarse con los profesores.

Al día siguiente, la madre de María despertó a su hija en la madrugada, para mandarla a las montañas. La niña ya había pensado lo que haría, así que fue con los animales voluntariamente; luego, aproximadamente a las siete de la mañana, regresó a su casa para esperar ahí a los profesores. En medio de la espera, María vio a los profesores en el camino, se emocionó y quiso ir a su encuentro, pero su madre la descubrió, la tomó entre sus manos y la jaloneó fuertemente hasta llevarla con su padre; estando con él, la regañaron y la castigaron por haberlos engañado. La niña lloraba y entre llantos les decía:

—Por favor, yo quiero ir a la escuela, déjenme ir.

A lo que sus padres respondieron:

—Es una pérdida de tiempo, es malo y no queremos que te separes de nosotros.

La niña no paraba de llorar y suplicarles a sus padres que la dejaran ir a la escuela, pero ellos no escucharon sus palabras y, para que los profesores no escucharan ni vieran los lamentos de María, le taparon la boca con varios trapos y la encerraron en



el cuarto donde tenían a los cuyes y a las gallinas; para mayor seguridad, la cubrieron con unas esteras que estaban ahí.

Cuando los profesores llegaron a esa casa, los padres de María mintieron que ellos no tenían hijos, también les pidieron que dejaran de atormentar a los indígenas queriéndose llevar a sus hijos, y se negaron a escuchar cualquier justificación que los profesores tuvieran.

En el caso de Rosa, los profesores fueron recibidos por la abuela, ya que la niña había ido a pastar los animales. Ella les dijo que la niña iba a hacer lo que ella quisiera, por lo que los maestros apuntaron el nombre de Rosa e informaron a la abuela que debía presentarse en ocho días, a las ocho de la mañana, en la escuela de la parroquia.

Y así sucedió: María no tuvo la oportunidad de ir a la escuela, por lo que guardó un gran rencor a sus padres. Cuando cumplió

trece años fue a trabajar a las haciendas y posteriormente, cuando cumplió la mayoría de edad, fue a la ciudad de Quito a trabajar de empleada doméstica en las grandes casas. Desde entonces vive con un vacío en su corazón porque no se le permitió aprender y salir adelante. Mientras tanto, Rosa culminó los siete años de escuela y, aunque tenía miedo por lo que decían del señor Gavilán, afrontó lo que venía. Finalmente resultó que el señor Gavilán no era un animal que se robaba a las familias, sino que se llamaba Carlos Gavilán y, a los niños que acababan la escuela, les daba la oportunidad de seguir con sus estudios en colegios fuera de la parroquia; posteriormente, cuando el estudiante obtenía un trabajo gracias a sus estudios, este se llevaba a sus familia a vivir con él, dándoles una vida mejor también a ellos.

Por este malentendido y la falta de información de los indígenas imanteños, en esa época, muchos no tuvieron la oportunidad de estudiar, y los que sí, fueron muy pocos. Actualmente estas personas se dan cuenta de la gran importancia de adquirir conocimientos en la escuela y transmiten esta experiencia a sus hijos, para que ellos sí aprovechen lo más importante que les brindan sus padres: la *educación*.




DIANA NAYELI SUÁREZ
nació en Otavalo, Imbabura, en 2001. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Nanegal. Sus actividades favoritas son leer, escribir y dibujar.

Camila

Lejos de la ciudad, en un bosque muy espeso, había un pueblito donde vivían muy pocas personas; una de ellas era Camila, una niña de tres años que era querida y cuidada por todos. Camilita, desde muy pequeña, soñaba con ir a la escuelita, luego al colegio y después a la universidad, pero luego se acordaba de que en su pueblito no había nada de eso y se decepcionaba.

Un día, cuando ya habían pasado cuatro largos años y Camilita ya tenía siete, se levantó muy temprano y muy contenta, ya que



había soñado que venía una señorita que le enseñaría a leer y a escribir. El día estaba muy lindo, los pajaritos cantaban y la niña se dirigió a la entrada de su pueblito a esperar a que llegue la señorita de su sueño; pero esperó, esperó y esperó, hasta casi las diez de la noche, y ella no llegó. Cansada de tanto esperar, Camilita fue a dormir y al día siguiente, cuando despertó, escuchó mucho ruido. Salió inmediatamente a ver qué pasaba y a lo lejos de su casa observó que se trataba de una mujer. Corrió a verla y se fue acercando muy tímidamente. La mujer, quien se llamaba Adriana, le preguntó su nombre, ya que le había llamado la atención a lo lejos y se sentía contenta de conocerla. Adriana reunió a todos los niños, jóvenes y adultos y les comentó a qué se debía su llegada: se encontraba ahí para ayudarles a que salieran adelante.

Unos pocos días después, Adriana y el pueblo entero buscaron el lugar donde ella daría clases. Para entonces Adriana ya había

hecho un horario para que los niños recibieran clases en la mañana, los jóvenes al mediodía y los adultos en la noche.

El siguiente lunes Camilita estaba muy ansiosa, ya que el martes sería su primer día aprendiendo. Se fue a dormir temprano, se levantó rápido, se puso su mejor vestido y salió a recibir clases. Entró al lugar acordado, era la primera en el aula pero poco a poco fueron llegando los demás estudiantes, y al último entró Adriana. Todos saludaron y empezaron a presentarse, pero Camilita estaba aburrida, ya que quería que les enseñaran a leer. La maestra empezó a dar clases, a la mayoría de los niños les costaba aprender rápido, pero para Camilita todo era muy fácil y ya quería saber leer, aunque Adriana dijo que aún no era hora. Cuando llegó el momento de irse a la casa, Camilita no quería, así que se fue a recibir las clases de los jóvenes y de los adultos para avanzar más.

Pasó un largo año y Camilita había aprendido mucho. Adriana estaba muy sorprendida, le prestaba sus libros para que adquiriera nuevos conocimientos y así terminaron la escuela, después de tres años.

Un día, Adriana les comentó que debía irse, debía regresar a la ciudad. Camilita se puso muy triste al escuchar eso y corrió a su casa, donde lloró hasta no poder más. La profesora la siguió y le preguntó por qué estaba así y la niña le respondió que no quería que se fuera porque ella quería aprender más; además le dijo que ella había sido como una madre.

Una semana después Adriana estaba lista para irse, pero antes llamó a Camila y le dijo que tenía una sorpresa para ella. La niña estaba emocionada de escuchar lo que tenía que decirle la maestra, quien le comentó que la llevaría a la ciudad a estudiar allá, con la autorización de todo el pueblo. Camila se puso muy contenta al escuchar eso y aceptó inmediatamente.

En la ciudad, primero entró al colegio y después a la universidad. Después empezó a trabajar y nunca tuvo problemas para aprender. Adriana estaba muy orgullosa. Camilita estudió mucho y llegó a ser la tercera persona más rica de la ciudad. Con eso ayudó a su pueblo, donde construyó una escuela, un colegio y una universidad y las condiciones de vida mejoraron. Camila y Adriana regresaron al pueblo y ahí vivieron juntas y contentas.




KAREN ESTEFANÍA PASQUEL estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa República del Ecuador.

La lectura: el arte de las letras

La lectura es un modo de desconectarnos de la realidad, es crear un nuevo mundo a través de la imaginación. Leer no siempre se ha considerado un símbolo de diversión y eso también era lo que yo creía cuando era una niña. Desde muy pequeña mi madre me ha sabido incentivar para que lea libros, revistas y otros textos más.



Mi primer acercamiento a la lectura fue cuando tenía cuatro años e intentaba leer las revistas de *Condorito*. Claro que en ese tiempo aún no sabía leer muy bien, pero recuerdo que solía ver los gráficos e imaginaba lo que los personajes podrían estar diciendo. Poco a poco mi mamá me enseñó a leer y fue así que, cuando ingresé al jardín de infantes, leía libros de cuentos, algo que para mi edad era un gran paso.

Pero en mi mente infantil solía decir que leer un libro era aburrido y cansado, así que dejé la lectura por mucho tiempo. Fue aquella misma revista la que hizo que retomara este hábito y, poco a poco, me fui dando cuenta de que leer me ayudaba a mejorar mi ortografía, que solía ser muy mala.

Cuando ingresé a octavo año de básica compré mi primer libro, que fue *Aulladores*, un pequeño ejemplar con una historia de terror. Tanto me gustó este libro que lo releí. Así me di cuenta de

que la lectura me gustaba mucho y seguí adquiriendo ejemplares de libros pequeños.

Mi obra favorita es *Yo visité Ganímedes*, desde que la leí sentí la necesidad de seguir y cada vez que terminaba un texto buscaba en Internet otros libros que pudiera. Hubo uno en especial que me ayudó mucho durante la básica superior, ya que en este encontré temas de los que jamás había escuchado, mientras estaba en la escuela descubrí el libro *Los campos de concentración*.

Leer libros me ayudó a aumentar mis conocimientos y a fomentar mi imaginación. El Internet no solo debe servir para cosas negativas, sino también para darnos información muy interesante. Así ha sido para mí, ya que fue ahí donde encontré varios de los libros que hoy poseo, como la saga *Oscuros* y *Hush, hush*; también he podido conocer nuevas culturas como en el caso del libro *Inferno*, donde el ambiente de la lectura se basa en la cultura italiana.

Esta actividad hoy en día es una de mis pasiones y puedo llegar a leer hasta diez libros al año, algo que antes para mí era imposible y aburrido. Leer es una forma de aprender por nosotros mismos, porque así descubrimos nuevos mundos, nuevas culturas, nuevos idiomas, nos descubrimos a nosotros mismos… y esto nos ayuda a entendernos y a hacernos entender.

Leer no es significado de aburrimiento, es significado de liberación, de imaginación, por eso creo que los padres deben incentivar a los pequeños desde temprana edad, porque esto fomenta la imaginación y el desarrollo del infante. Y los jóvenes debemos dejar un momento las redes sociales, tomar un buen libro y aprender a crear nuestras propias historias, incluso podemos crear nuestros propios libros, narrar nuestras experiencias, desahogar nuestros sentimientos; ya que para volar lejos solo necesitamos de un libro que nos conduzca por caminos desconocidos y pocas veces explorados, mediante la imaginación.




ÁNGEL RODRIGO BARZALLO
nació en Sígsig, Azuay, en 1971. Trabaja en la Unidad Educativa José Félix González. Su actividad favorita es ser docente.

La aventura de la superación

Esta historia la escribo pensando en las oportunidades que la vida da al ser humano en su caminar diario. La misma comienza en el siglo pasado, en los inicios de la década de los setenta, cuando mi primera compañía en la venida a este mundo fueron los brazos de una comadrona, y luego la de mi querida, amada y tenaz madre, quien me cuenta que mis primeros años no fueron de lo mejor, pues la pobreza era nuestra fiel compañera.

Pasaron los años y entré a la escuela, que queda a tres kilómetros y medio de casa, a una hora de camino de ida y vuelta. Sin importar las inclemencias del tiempo, había que madrugar para llegar más que puntual a la escuelita (valor que hasta hoy cumplo y que me ha traído grandes logros). Para colmo me gustaba asistir, recuerdo que no lloré en mi primer día de clases y aún guardo en mi memoria los libros *Caritas alegres* y *Jugando con las Matemáticas*, de primer grado.

A pesar de la pobreza, asistía súper que presentado, gracias a la preocupación de mi madre que, aunque me mandaba con botas de caucho todos los días (en ese tiempo no había uniforme), no descuidaba mi aseo, mi alimentación y que mis deberes estuvieran bien hechos. Los hacía en la tarde, ya que como no existía energía eléctrica había que aprovechar la claridad del día. Todo esto generó logros en el transcurso de los años de escuela, en los que obtuve algunos premios. En ese tiempo se iniciaba en primer grado y se terminaba en sexto grado, es decir, así se terminaba la instrucción primaria.

En este andar de formación escolar lo que más me marcó fue vivir en carne propia la gran diferencia que existía entre los que vivían en la ciudad y los que vivíamos en el campo, nos despreciaban y discriminaban, nos hacían de menos.

Pero a pesar de todo, la vida continuaba… ¿Y después de sexto grado? Unos a trabajar (yo también lo hacía en vacaciones, hasta me fui a Nambija a minar y sacar oro), especialmente los del campo, y los de la ciudad a seguir el colegio. En mi caso, con el sacrificio de mi madre y a pesar de ser un campesino, inicié el camino del colegio, pero no en mi pueblo, sino en la capital de la provincia, mi querida Cuenca.

Estudiaba en las afueras de la ciudad, en un internado, que no tenía muros ni puertas de seguridad. Era en el campo, así que, a



más de estudiar, se compartía la vida con la naturaleza; es decir, no había nada que extrañar de lo que vivía en casa. Regresaba al hogar cada tres meses y así lo hice por seis años. Durante este tiempo, a más de las asignaturas que había que aprobar para no quedarse suspenso o aplazado, aprendí a entonar la guitarra, a cantar, a realizar instalaciones eléctricas domésticas, teatro y, lo que es más, a ser responsable, ordenado y puntual. El internado se convirtió en mi segundo hogar hasta que llegó el día de graduarme (el primer bachiller de la familia) y dejar esa etapa de la vida.

La misma vida me presentó la oportunidad de estudiar en la universidad y estudiar en Quito, donde emprendí este gran reto. Estaba mucho más lejos de mi casa y mi tierra, pero siempre con el apoyo de mi madre. Así transcurrieron los años, con caídas y levantadas, con aciertos y desaciertos, hasta el día de graduarme en la universidad. No lo podía creer, ¿un campesino graduado?, sí,

graduado y profesional. Había cambiado mi roce social y casi me olvido de mis orígenes por la presión de las amistades.

Iniciaba mi vida de trabajo como profesional en Psicopedagogía. Se me abrieron las puertas de instituciones educativas de "élite y prestigio" y allí puse mi profesión al servicio de los demás por muchos años, sin olvidar que el sentido de pertenencia hace que el trabajo sea llevadero y se consiga los logros que se espera.

Pasé muchos años trabajando, hasta que el dicho vulgar "La tierra, aunque madrastra, arrastra" se hizo realidad. Así que emprendí el viaje de regreso a mi pueblo, después de veintidós años de haber salido de casa. Las oportunidades de trabajo no se hicieron esperar, y así inició una nueva etapa de vida, con nuevas experiencias. A más de ser docente, fui representante de mi pueblo a nivel político (llegué a ser concejal y vicealcalde) y nunca olvidé servir a los demás desde esa representatividad.

Por eso hoy camino por las calles de mi ciudad con la frente en alto. He pasado ya más de una década en mi pueblo, donde he formado mi familia, con mi esposa, que también es docente y apoyo en este trajinar, y mis dos hijas, que alegran esta aventura de superación diaria. Hoy por hoy me han encomendado la dirección de una institución educativa, responsabilidad que hago con cariño, entrega, sentido de pertenencia y responsabilidad, acompañado de un gran equipo de docentes que busca el desarrollo de la institución y del lugar donde trabajamos. Recordemos que en la gran obra artística de nuestra vida, nosotros somos los artistas.

BERÓNICA DEMERA PADILLA
trabaja en el distrito de Sucre-San Vicente, Manabí.

Un sendero sin obstáculos no es sendero

Crecí en un hogar muy humilde del campo, con papá, mamá y mis once hermanos. Yo ocupaba el décimo lugar. Mamá preparaba la comida con mis hermanas mayores. Mi papá, Cristóbal, salía a trabajar con mi hermano mayor en las faenas de la pesca; llevaban

agua, un poco de alimento, atarrayas, redes, carnadas y anzuelos. Desde muy temprano, mamá Ofelia nos llamaba para desayunar y partir a la escuela, que estaba a varios kilómetros de la casa. Mis hermanas mayores eran las encargadas de que todo estuviera listo para las clases.

Bajábamos corriendo el cerro hasta llegar a la planada, por donde pasaba un camino vecinal. Si teníamos suerte (rara vez), aparecía un carro. En el trayecto nos reuníamos con varios primos y amigos, corríamos de prisa para llegar temprano a la escuela. Allá nos esperaban los demás compañeros y la maestra.

Recuerdo poco de la escuelita que amé tanto. Era pequeña, con piso de tierra, encerrada por paredes. Las bancas eran dos tablas largas: una para sentarse y otra para escribir. Estaba construida rústicamente, para resistir el peso de muchos niños. Aun así pasábamos las horas de clases felices y sedientos de aprender. En el recreo salíamos a la tienda cercana (Doña Magdalena), aunque pocas veces nos daban monedas para comprar algo; otros compañeros nos daban un poco de dulce, a veces yo llevaba lo que no comía en el desayuno y si no solo veía comer.

La primera jornada terminaba a las doce del día, salíamos a casa a almorzar y regresábamos para la segunda jornada. Regresábamos tarde a casa, llevando la leña para el horno. Si nos quedaba tiempo, ayudábamos a arreglar los animales; en otras ocasiones pelábamos piñón, maní e higuerilla, los mismos que a veces podíamos llevarnos para vender y tener algo con qué comprar en el recreo.

A las seis de la tarde, mamá prendía la radio a pilas y nos hacía rezar el rosario de rodillas. En realidad, esto era molesto y cansado; en ocasiones nos escondíamos detrás de un barranco con mis hermanos para no rezar. Se prendían las lámparas —pues carecíamos de electricidad, agua y servicios básicos— y luego



papi Cristo colgaba su hamaca, tocaba su armónica y nosotros bailábamos. Otras veces nos contaba “historias que él había vivido”. Como siempre madrugaba, decía que, en la oscuridad, cuando ingresaba al manglar, se escuchaban lamentos de dolor de hombres que cargaban maderos pesados. Luego tomaba su canoa y se dirigía a la mar a colocar sus redes, a la espera, lanzaba sus anzuelos o atarrayas. Tenía buena suerte, Dios lo bendecía, pues era un hombre de principios, valores y, sobre todo, generoso; un caballero a carta cabal, ese era mi padre.

Sus compañeros de pesca le habían contado del virriel, que era la imagen de una mujer que recorría todas las canoas con una luz. Emitiendo un llanto desconsolador, se acercaba a las embarcaciones, miraba y se alejaba. Una madrugada, ya cansado, se durmió un rato en su canoa. Entonces escuchó a lo lejos el llanto, se sentó y pudo ver aquella luz, que pasaba muy

cerca. Sintió un poco de temor, pero pasó. Sus colegas pescadores relataban la historia de la joven mujer que salió embarazada y ocultó el embarazo. Cuando nació su bebé, lo lanzó al mar, pero el remordimiento la llevó a tomar la decisión de ahogarse en las mismas aguas, para terminar con su tristeza. Ellos comentaban que, desde entonces, era un alma en pena.

Otro día nos contó que, una noche de luna llena, mientras atarrayaba, salió un extraño objeto brillante, pesado, denominado Sabulón. Lo observó atentamente, miró al cielo y dijo: "Señor, tú sabes que no soy ambicioso, pero tengo una familia que mantener. Te libero a ti, Sabulón, pero siempre dame abundante pesca", y lo lanzó al mar con fuerza. Desde ese día tuvo mucha pesca y después de que contó a sus amigos pescadores lo sucedido ellos se ubicaban cerca de papá, porque decían que les daba suerte.

En las noches de infancia soñábamos con las historias que papá contaba. Nos daba miedo la oscuridad, pero siempre estábamos acompañados entre hermanos. Así transcurrieron los días de escuela. Nos hicimos atletas de la vida, compitiendo para ver quién llegaba primero y quién sacaba la mejor nota; el premio era un dulce o un refresco. Recuerdo mi bolsa de cuadernos: una funda de tela con una tira pegada con un botón; esa era mi mochila, confeccionada por mamá. Tenía un solo par de zapatos negros de caucho que, cuando hacía sol, tenía que quitarme porque se calentaban mucho. Cuando llovía íbamos sin zapatos, pues estos no resistían el lodo.

En las noches, hacíamos las tareas con la luz de la lámpara y las velas, y mamá nos tomaba la lección o nos repasaba la tarea para el día siguiente. Ella jamás se olvidaba de dar gracias a Dios por las bendiciones recibidas.

Con el tiempo, nuestra escuelita mejoró y nosotros éramos felices. Llegaron nuevos docentes y enriquecieron la enseñanza.



Siempre miramos con mucho respeto a nuestros maestros, pues en casa nos habían enseñado que eran nuestros segundos padres. Cuando podía, mamá les compartía un poco de comida especial, en gratitud a su labor.

Yo cuidaba mucho de mis tareas, útiles y textos, que antes habían pasado por la mayoría de mis hermanos. Siempre dedicaba un espacio para estudiar y así logré ser abanderada de la Escuela Oscar Efrén Reyes, aunque nunca me dieron un diploma, solo el reconocimiento verbal de ser la mejor de la clase.

Cuando ingresé al colegio fui a uno particular, de jornada vespertina, que se llamaba "Barquero". Se había iniciado en un galpón de caña, con piso de tierra y bancas rústicas. Fueron grandes días, hicimos intercambios culturales, sociales y deportivos. Combinaba el estudio con el fútbol y me destaqué como la mejor estudiante los tres años siguientes. Me esforzaba para que mis

padres estuvieran orgullosos, pues cuando algo se ponía difícil, recordaba sus sacrificios.

Posteriormente me matricularon en el Instituto Normal Eugenio Espejo, donde inicié otra odisea. Debía levantarme a las cuatro de la mañana para desayunar y tomar el único carro, la ranchera[1] de don Marcillo, que transportaba a los estudiantes. Así transcurrieron los años, en los que logré destacarme en deportes (atletismo y fútbol) y académicamente (poesía y otros). Al culminar sexto curso estuve entre los mejores puestos. Solo lamentaba que papi Cristo no estuviera, pues había fallecido. Fue muy difícil seguir sin él. Luego continué superándome, entre días felices y tristes, y ahora soy docente.

1 Bus que no tiene ventanas, con bancas continuas accesibles directamente desde fuera. En otras regiones del Ecuador se las llama *chicheras, chivas o papayeros*.




ÁNGEL ARNULFO QUISHPE nació en Simiatug, Bolívar, en 1963. Trabaja en el Centro Educativo Comunitario Intercultural Bilingüe de Educación Básica Antonio de Alcedo. Sus actividades favoritas son la enseñanza y el aprendizaje.

Ishkay shimi yachachipay willaykawsay

Ángel Arnulfo Quishpe Chimborazo, ishkay shimi yachana wasipi llankay willaykawsaymata kishkay. Antonio de Alcedo yachanawasipi yachachikmi kani, La Plancha ayllullaktapi kawsani, pichka chunka pichka watata charini, Maria Francisca

Historia de un docente intercultural bilingüe

Ángel Arnulfo Quishpe Chimborazo es docente del CECIBEB Antonio de Alcedo, vive en La Plancha, en la provincia de Bolívar, tiene cincuenta y cinco años de edad, está casado con María Francisca Yanchaliquin Quishpe y tiene cuatro hijas. Al morir

Yanchaliquin Quishpewan sawarishka kani, ñuka warmiwan chusku ushushita charirkani.

Bolivarmarkamanta shamushka kani, La Plancha ayllullaktapi kawsashpa ñuka mamaka wañurka, taytawallawan kawsarkani, iskun watayukmi sakirkani, ishkay wawkinti wasipi mamashina wakashpalla wakashpa kawsarkani.

Ñuka taytaka wasi rurashpa llankarisha kawsarka, wamprakunaka wasipi shitashka mikuska mana mikuska wasipi shitashka kawsarkanchi, kipallaka uchilla pani llakiwan wañurka, kutishuk wawkikunaman mikunatapash mana charirkanchi, yanuchiktapash mana tiyarkachu,pilistapash pitak hapinka, chakitapash piki huntashkalla kawsarkanchi.

Chay llakimanta ñuka primowa yunka llaktaman rirkani,ñuka wawkikunaka wasipi shitashka sakirirka, yunkallaktamantaka ñuka ayllullaktamanka carnaval pukllankapaklla tikramurkani,yunkapika sumak yuyayta charishpa kawsarkani, punchanti punchanti alli



su mamá, se quedó viviendo solo con su padre y sus hermanitos. En ese entonces tenía nueve añitos de edad y se sentía en la peor soledad, con el llanto más doloroso de la vida.

Un primo mayor le llevó a trabajar en la Costa. Sus hermanos se quedaron solos y después de un tiempo falleció su hermanita por la pena de la muerte de su mamá. Arnulfo regresaba a la comunidad solo para jugar en los carnavales. Pasaba bien fuera de casa porque tenía comida suficiente, ropa que ponerse y hasta el dinero que nunca había tenido. Vivía sin pensar en su retorno, pero después de casarse regresó a la comunidad.

Así pasó un largo tiempo, sobreviviendo en una pobreza extrema y estudiando con el apoyo de su familia, para llegar a conseguir un trabajo decente. Después de tener hijos entró a estudiar en un centro de alfabetización nocturno, junto a personas mayores, y en tres años acabó la instrucción primaria. Con este documento ingresó al colegio semipresencial los fines de semana, apoyado en las buenas y en las malas por su esposa, que siempre tenía ideas positivas. Entonces el Colegio Jatari Unancha introdujo el aprendizaje del idioma kichwa como segunda lengua y la valoración de la educación intercultural bilingüe (español-kichwa).

Arnulfo obtuvo el título de Licenciado en Ciencias de la Educación, con especialidad en Docencia Básica Intercultural Bilingüe en la Universidad Politécnica Salesiana, y con este documento, el 11 de septiembre de 2001, ingresó al Centro Educativo Comunitario Intercultural Bilingüe El Cóndor, donde trabajó con muchos niños y niñas durante dieciséis años. Una temporada hubo un incremento de docentes, pues se abrió la oferta de Educación Inicial y Educación General Básica, de segundo a séptimo, con una docente de parvulario más.

Cuando el docente salió de la institución educativa quedaban veintidós niños y niñas y pocos representantes. Muchos padres y

mikunata charishkamanta, alli churarinakunata chasishkamanta, kushkita charirkamanta, wasimanka mana yuyarishpalla kawsarkani, sawarishpa kipa wasiman tikramurkani.

Ñuka warmiwan yachanawasita yaykurkani, kimsa wata tukurikpi, tukurik pankata llukshirkani, kay pankawan sumak yachana wasiman yachakurkani, allí pacha, mana allipachapipask, mikunata,kushkitapash ñuka warmiwa yanaparka allí yuyayta charishkamanta, Kay yuyaykunaka Jatari Unancha Hatun Yachana Wasipi yaykushpa ishkay shimita yacharirkani.

Ashka pachata allpapi llankashpa, yachanawasiman rishpa kawsarkani, ñuka warmiwan llankasha llankanata hapinkakama wasipi yanaparka.

Universidad Politécnica Salesiana, Hatun Sumak Yachanawasipika ishkay shimi pankata llukshirkai, chay pankawan yachana wasipi llankankapak yaykurkani, tawka wawakunawan sapallami llankarkani. Shuk pachapika chusku yachachikkunawan llankarkanchi, kay pachapi,wawawasi, shukniki kallari yachaypipash wiñarka,chaymanta kutishuk wawa yachachik warmita yaykurka.

Ishkay waranka shuk watapi CECIBEB El Cóndor yachana wasipi yaykurkani, kay yachanawasipika chunka sukta watakama yachakuk wawakunawan llankarkani.

Ñuka llukshina pachaka, ishkay chunka ishkay wawakuna sakirirka, kutishuk tayta-mamakuna, wawakunapash yunka llaktaman rirka, kutishuk yachanawasiman maskashpa rirkakuna kashka.

Wakcha kashkamanta, paypak ayllumanta may kunapi llakillami kawsanka.

Tayta-mamakuna, yachachikkuna, yachakukkunapash unkuy kashkamanta llakiwan kawsaykuna kanchik.

CECIBEB Antonio de Alcedopika, suktapura llankunchi, ayllukuchupi llankani chaymanta kushilami kani. Wakcha ayllumi kanchi. Yupaychani.



estudiantes bajaron al subtrópico en busca de comida para sus familias y tierras donde trabajar. Las madres y estudiantes menores de edad eran vulnerables a las enfermedades subtropicales, pero las familias pobres siguen teniendo que trabajar para los latifundios. Es muy triste ser pobre.

En la actualidad, Arnulfo trabaja, conjuntamente con cinco docentes, en el CECIBEB Antonio de Alcedo, cerca de su casa. Por este motivo se ve feliz, a pesar de pertenecer a una familia pobre.




JOSÉ DOMINGO YANCHALIQUIN
trabaja en la Unidad Educativa Alejandro Humboldt.

Ñuka kawsaymanta

Ñuka Yanchaliquin Punina José Domingo wacharishkani sukta puncha,sukta killa,shuk waranka iskun patsak pusak chunka kimsa watapi ñuka willay upayka 0502616931 mi kan, ñuka mamaka Maria Ignacia Yanchaliquin Punina shuti mi kan,taytaka ñukataka mana riksishkachu shinakashpa mamawansha wiñashkani, kimsa wata charishpa ñukata shutikirka,chay punshapitak akchata pitichirka achitaytawan ñukanchik yachaykunata ama kunkarinkapak nisha, tukuy ayllupura tantakusha sumak mikunakunata,tushukunata rurarkakuna ñuka shutichipi.

Historia de mi vida

Mi nombre es José Domingo Yanchaliquin Punina, nací el 6 de junio de 1983, mi mamá se llama María Ignacia Yanchaliquin Punina, fue madre soltera, y mi padre nunca se responsabilizó de la familia. A los tres años de edad me bautizaron y, respetando la tradición cultural, mi padrino de bautizo cumplió con el deber de cortarme el cabello. Esto con el fin de mantener los saberes y conocimientos ancestrales. Así, todos los familiares se reunieron con música, danza y comida para festejar al bautizado.

Pichka watata charikpi ñuka mamaka Centro de Educación Comunitario Intercultural Bilingüe Antonio de Alcedo yachana wasiman kacharka, kallari punchapika mana rikushpa wawakunata, yachachik kunata rikushpa ñukaka wakarkani,kutishuk punllaka mana shamuknirkani,chay punllaka mamami sakik shamurka wakashami kichurirkani,chaupi wata tukukpika yachachik kunaka wawakunataka makarkakuna sumakta yachankichik nishpa,ama shuankichik,ama llullankichik, ama killa kankichik nishpa.ña sukta niki yachaypi kashpa ñukaka maykin punchaka yachakmi kashi munarkani, yachayta kay yachana wasipi ña tukuchikpika ñuka aylluka kushillami karka.

Chunka ishkay watata charikpika Instituto Tecnológico Superior Intercultural Bilingüe Shimiatuk Kunapak Jatun Kapari katún yachana wasiman yachankapak yaykurkani,karu llaktapi yachankapak rishkamanta ñuka mama,ñuka ayllu karupi kausashmanta ñukaka llakillami kausarkani ,ña chusku pata yachaypika ishkay shimita yachanata munarkani.

Sukta pata yachaypi ashtawan llakilla purirkani achka llankayta kachashkamanta,ama llankayta tukuchishaka ama yachayta tukuchinkichu nirka yachachikkunaka ,chay llaki ñukataka sumaktami sinchiyachirka tukuy shunkuwan ruraykunapi, llankaykunapi, ayllukunapi ñaupakman apanata , ña kay yachayta tukuchinkapak kichwa shimita yachanami kanchik nirka ama yachashpa mana tukuchinkichichu nirka chay katún yachana wasita punta pushakkuna,shina kashpa rimayta,kilkayta ishkay shimipi yachani.

Hatun yachanata tukuchishpaka chay Union y Progreso yachana wasipi wawakunata yachachishpa llankankapu rirkani asha llakilla, pinkanayaylla ama riksishka ayllukunawan tantarishpa, tantanakuykunapi,llankaykunapi kankapak ña chawpi watata yachachishpa shuk llakita charirkani



A los cinco años mi madre me envió al Centro de Educación Comunitario Intercultural Bilingüe Antonio de Alcedo. El primer día de clases todo era nuevo: los compañeros de clase, los docentes… por eso me puse a llorar y al siguiente día no quise regresar, pero mi madre me acompañó y, entre llantos, me quedé con mis nuevos amigos. Con el pasar de los días los docentes nos enseñaban valores y nos castigaban aconsejándonos no robar, no mentir y no ser vagos.

Cuando cursaba el sexto grado de Educación General Básica me empezó a gustar la profesión de docente, y a los doce años ingresé a estudiar en el Instituto Tecnológico Superior Intercultural Bilingüe Simiatug, en la parroquia Simiatug. Por cuanto el instituto se encontraba muy lejos, tuve que separarme de mi mamá y mi familia y me sentía triste; sin embargo, en cuatro años de estudio mi deseo fue aprender dos idiomas.

imashina wawakunata sumakta yachachinakanakanchik nishpa,ama shamuk watakunapi llakita charichun paykunapak yachaypi,llankaypi,kausaypi tukuy ima ruraykunapi,chaymanta ñuka mamawan parlarirkani yachayka mana tukurinchu katinami kani mana yachashaka kipaman hichurinalaya mi kani,kutishuk hatun yachachikkuna shina tami kana munani nishpa mamawan kutishuk ayllukunan parlarirkani,chay yuyayka may sumakmi,nirkakuna,shina yuyashpaka sumakta ñaupakman ima shaki kausaykunata allichishunchik nirkakuna,shinakakpi kushiyarirkani ñuka muskuyta hamutachishkamanta shuk puncha pakllaman rirkani ñantaka yuyashpa rirkani imashina yachashpa katishi ima kushkiwan maykanti kunka,imashina, maypi yachakrishi tukuykunata tapurkani maypi kikinkunaka yachakunkichik nishpa ñukatapash pushawapaychi nishpa,chay ñukaka kikinkuna shina yachachikkanatami munani nishpa,pay kunaka allitami



Al cursar el sexto año me sentía triste, porque tenía muchas tareas y a veces no me daba el tiempo para cumplir con todo, pero los docentes me decían que si no cumplía no iba a pasar de año, así que me esforzaba para cumplir con los deberes, los trabajos y así poder llevar adelante a mi familia.

Uno de los requisitos para culminar los estudios era hablar el idioma kichwa. Me acuerdo del consejo que me dio el primer líder de la institución, quien manejaba los dos idiomas y decía que esto era útil al momento de hablar o redactar algún documento.

Al culminar mis estudios ingresé a trabajar como docente en la Escuelita Unión y Progreso, con mucho temor y nerviosismo. En medio año de mi labor como docente me preguntaba de qué manera debemos educar a los niños y niñas para que en el futuro no tengan problemas en el trabajo, en la familia o en todo su quehacer diario. Así que hablé con mi madre y mi familia y les dije que mis estudios no se terminarían ahí. Debía seguir preparándome para cumplir mi meta. Ellos me apoyaron y me dieron aliento para seguir adelante con ese mismo entusiasmo, y me aconsejaron que vendrían problemas en la vida pero de eso también debía aprender. Me dio mucha alegría tener el apoyo de mi familia y saber que entendían mis sueños.

Un día, mientras caminaba por un lugar desolado, me puse a pensar adónde ir, de qué manera seguir estudiando, quién me daría el dinero. Pregunté a mis amigos dónde estudiaban y les pedí que me llevaran. Afortunadamente mis amigos me apoyaron y me dijeron: “Vamos con nosotros”. Me sentí muy feliz al saber que me iban a apoyar.

Después de hablar con mi familia me fui a estudiar a la Universidad Politécnica Salesiana, donde había estudiantes y docentes de otras ciudades. Después de siete años me gradué de Licenciado en Docencia Básica, con mención en Educación

munanki nirka ,shinata yuyashka hakuchi ñukanchikwan nirkakuna,shinakashpa kushillami karkani.

Tukuykunawan rimarishpa kipaka chay Universidad Politecnica Salesiana amauta wasiman rirkani yachankapak,chay amata wasipika kutishuk mashikunawan tuparirkani kutishuk llaktakunamanta,shuktak yachachikkunawan ña kanchis watata yachashpaka kay amauta yachana wasimantaka tukuchirkani shuk hatun pankata kapishpa maypimi nirka Licenciado en docencia básica en mención educación intercultural bilingüe,kay pankata hapishpaka kushillami karkani,kunansi kutishuk yachachikkunashinami kashi nishpa sumak yuyayta hamutachishpamanta.

Ñuka llankaykunaka shutak ayllullaktakunapikarka kimsa watata chay unión y progreso yachana wasipi llankarkani,kinsa watata chay s/n la copa yachana wasipi llankarkani,kimsa watata chay s/n el paraíso llankarkani, chusku watata chay GADMUPAN ukupi llankarkani uchilla wawakunata yachachishpa shuktak yachachikkunawan chunka ayllullaktapi,kimsa watata chay MIES ukupi llankarkani uchilla wawakunapak llutipi tukuykuna allí kausayta charichun nishpa,kipamanka U.E.Alejandro Humbolth hatun yachana wasipi llankakuni kaypi llankakushpaka chusku raymita imashina ruranata yachashkani,pauka raymi,inti raymi,kulla,raymi,kapak raymi tukuy yachana wasi tantanakushpa.

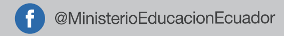
Yupaychani tukuy mashikunata allí rikuyta charishkamanta.

Intercultural Bilingüe. A pesar de pertenecer a una familia pobre, me sentía muy feliz con mis ideas de salir adelante.

He prestado mis servicios profesionales en diferentes comunidades: tres años en el Centro Educativo Intercultural Bilingüe Unión y Progreso; tres años en el Centro Educativo La Copa; tres años en el Centro Educativo El Paraíso; cuatro años en el GAD Municipal Pangua; como docente en diez comunidades; tres años en el MIES, en calidad de docente; y después me integré a la Unidad Educativa Intercultural Bilingüe Alejandro Humboldt, institución que mantiene la cultura, saberes y conocimientos ancestrales realizando actividades en las festividades de Pawkar Raymi (Época del Florecimiento), Inti Raymi (Fiesta del Sol), Kulla Raymi (Fiesta de la Reina, Fertilidad, Madre Luna) o Kapak Raymi (Fiesta de la Germinación).

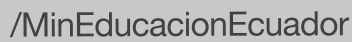


Los relatos de este libro suceden alrededor de la escuela, el colegio o la universidad. Encontrarás anécdotas de estudiantes que aprenden entre preocupaciones y risas; de docentes que vencen todos los obstáculos, fieles a su vocación; o de padres y madres de familia que, con su voluntad y perseverancia, logran abrir escuelas en sus comunidades para que sus hijos e hijas puedan estudiar. Todas estas narraciones forman parte de "Nuestras propias historias"; te invitamos a leerlas, quizás en alguna página encuentres la tuya.










/Educacionecuador





Dirección: Av. Amazonas N34-451 y Atahualpa Quito-Ecuador
Teléfono: 593-2-396-1300 / 1400 / 1500 **Código Postal:** 170507
www.educacion.gob.ec